



UNIVERSIDAD
DEL CAUCA

Río Mayo

Oscar Sigifredo Rosero Quiróz

Cód. 100915020551

Trabajo de investigación-creación presentado
como requisito parcial para optar al título de:

Maestro en Artes Plásticas

Directora:

Claudia Marcela Ruiz Paz

Facultad de Artes
Departamento de Artes Plásticas
Popayán
2023

Nota de aceptación

Aprobado por el Comité de Grado en
Cumplimiento de los requisitos exigidos por
la Universidad del Cauca para optar por el
título de Maestro en Artes Plásticas.

Jurado

Jurado

Jurado

Dedicatoria

Alguien tenía que nacer en mi familia y decidir ser Artista para intentar encontrar todos los tesoros que tenemos a nuestro alrededor, ¡ese soy yo!

Quiero dedicar este proyecto a un ser supremo en el que creo, sé que está conmigo y me ha acompañado como esa fuerza que no me hace desistir.

A mis padres, **Sigifredo y Esperanza**, por haber decidido que llegara a este universo y nunca cortarme las alas para volar, sino ser mi inspiración para llegar más alto; ahora comprendo que soy como su espejo y el único que puede reflejar todo lo enseñado desde sus herencias, que con su máxima generosidad me han sabido transmitir. Después de mí, siento que ustedes estarán muy orgullosos de la persona en la que me he convertido.

A mi hermana **Andrea**, por ser mi apoyo, centrarme y creer en mí sin importar las circunstancias, estoy seguro de que para ti es una alegría verme tan grande después de cuidar de mi en pequeño. Gracias por estar para mí.

A mi directora **Claudia**, por ser mi mentora, docente y amiga, por afirmar constantemente que éste era y es el camino correcto, por continuar confiando en mí a pesar de tantos altibajos. Gracias por ser el motor de arranque en el transcurso de este viaje.

A mi parcerero **David**, por intentar descifrar tantos jeroglíficos y mostrarme que todo lo posible es imposible visto por ojos de un mediocre.

A **mis abuelitos**, por regalarme los padres que tengo y a través de ellos heredarme el mejor legado, soy el resultado de la sumatoria de ustedes.

A **mi familia**, por su cariño, sus aportes en este proyecto y por el tiempo dedicado. Gracias por ser mis guías y por cada una de sus enseñanzas.

Por último, a **mi tierra**, a mi Pupiales del alma, ese mi pueblito paleta, que siempre me recuerda que confié en mí, por halarme todo el tiempo a sus brazos, por darme la posibilidad de conocer parte de lo que soy, demostrándome que no soy un individuo solitario, sino hijo de unas herencias pasadas, las cuales admiro, agradezco y dedicó este trabajo.

Resumen

Mi madre me veía pasar horas contemplando el mismo puñado de tierra, ella entendió qué era lo que me conmovía y alimentó mi sensibilidad. Yo lo supe el día que vi la uña de una retroexcavadora sacar pedazos de barro color ocre con formas humanas. Desde entonces me volví un excavador. Excavo en busca de todo tipo de tesoros. Pero en este proyecto busco unos muy particulares: los que me hacen artista.

Excavo a mi familia. Encuentro que yo no actúo solo, sino que hay muchos seres que actúan en mí por herencia. Excavo en mi tierra. Encuentro que mis raíces llegan hasta las montañas de fuego. Excavo en mí. Encuentro que soy un sello que quiere dejar una huella en el mundo. Una pregunta me guía: ¿por qué decidí ser artista?

Palabras Clave: Excavar, Tierra, Familia, Sellos, Arraigo, Herencia, Sensibilidades, Ancestral

Contenido

Introducción	11
El acto de <i>excavar</i>	13
Conversaciones sobre la definición de <i>excavar</i>	15
Mi definición	19
Descripción del acto de <i>excavar</i>	21
Instrucciones para <i>excavar</i>	27
Excavar como método de vida	30
Excavar en mi familia	33
Afinidad familiar	36
Reliquias	41
Mi herencia paterna	42
Mi herencia materna	43
Emprendiendo la búsqueda	44
Reliquias maternas	47
Sensibilidades maternas	58
Reliquias paternas	60
Sensibilidades paternas	66
Excavar en mi tierra	70
Conexión...	71
De excursión por San Marcos	77
La casa de los abuelos	79
Mariana	86
Los sellos	89
El cuero	95
El arraigo a Pupiales	98
Excavar en mí	99
Divagaciones	103
Sobre el arte y los artistas	103
Mi yo artista	105
Sobre la importancia de las sensibilidades heredadas ..	107
Sobre la búsqueda y el excavar	108
Registro fotográfico de sustentación	111
Referencias bibliográficas	119

Introducción

Este proyecto trata de buscar las sensibilidades que he heredado de mi familia, de mi territorio y me constituyen. Con sensibilidades heredadas me refiero a la capacidad de conmoverme ante ciertos objetos, situaciones, personas, recuerdos, que son herencia de mis padres y mi territorio.

En la revisión de mi proceso creativo evidencí que todo el tiempo estoy buscando tesoros escondidos, y que me dedico a excavar en mi memoria recuerdos y situaciones familiares. De igual forma, excavo en mi tierra para buscar aquello que me ata a Pupiales. Quiero hacer este proyecto para dar cuenta de mi proceso de excavación y recopilar aquellas sensibilidades que me constituyen y, a su vez, me hacen parte de un territorio. También siento una necesidad expresar todo lo que ha dejado huella en mí.

El proyecto se compone de cuatro capítulos. El primer capítulo se llama ***“El acto de excavar”***. Aquí trato de evidenciar las razones que me llevan a excavar todo el tiempo. Cómo lo hago y por qué lo hago; es decir, mi método de trabajo creativo. El segundo capítulo se llama ***“Excavar en mi familia”***. Se trata de escudriñar en el álbum familiar, para encontrar y visibilizar las sensibilidades que he heredado de mi madre, padre y abuelos. El tercer capítulo se llama ***“Excavar en mi tierra”***. Se trata de excavar en mi tierra para encontrar mis raíces ancestrales: piezas prehispánicas y mi arraigo a Pupiales. El cuarto capítulo se llama ***“Excavar en mí”***. Después de haber excavado en mi memoria y en mi tierra, recopiló las sensibilidades heredadas para dar cuenta de cómo estas me constituyen.

El acto de *excavar*

Cuando quiero conocer a profundidad una palabra, busco su significado profundo, no solo el significado de su uso cotidiano, sino también aquel que subyace en mí. En mi búsqueda por aclarar el significado de “excavar”, recurrí a las definiciones de distintos diccionarios. Escogí estas definiciones porque llamaron mi atención debido a su contraste. Se refieren a la excavación como tal y no al acto de excavar. Sin embargo, las consideré relevantes en tanto explican las consecuencias de la acción, que también son parte de su definición.

A continuación, cito textualmente un fragmento de estas. La primera referencia es del *Diccionario de arqueología*, coordinado por José Alcina Franch.

“EXCAVACIÓN: La excavación es siempre destrucción y a menudo provoca la destrucción total; es una experiencia irrepetible que no permite contrastación o verificación. Por ello, la evidencia recuperada debe ser registrada adecuadamente, con una detallada relación de estructuras, hallazgos y localizaciones tridimensionales que permitan la mejor reconstrucción del yacimiento. De esta manera, el arqueólogo destruye los yacimientos arqueológicos, pero al mismo tiempo crea un registro arqueológico; de ahí la importancia de documentar a medida que se excava.”

Jose Alcina Franch, Jaime Alvar Ezquerro, José María Blázquez, María Isabel Martínez Navarrete, Gonzalo Ruiz Zapatero. (1998). *Diccionario de Arqueología*. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1998. Página 325.

Otra referencia es del *Diccionario enciclopédico de derecho usual*, de Guillermo Cabanellas. Consideré pertinente incluir esta definición porque brinda distintas perspectivas de la situación que resulta del cavar, intentando dar explicaciones de las motivaciones de las personas que excavan.

EXCAVACIÓN: trascendencia jurídica muy variada poseen las excavaciones. Unas veces se trata de alcanzar con ellas la libertad, aún ilícita, para fugarse de los encierros que se padecen. Mediante ellas se buscan supuestos tesoros, y los más reales que se llevaban a la explotación de yacimientos naturales, sean sólidos o líquidos. Se excava para ocultaciones, generalmente torpes, de los cadáveres de aquellos a los que se ha dado muerte violenta, y, a sí mismo, en el acto obligado y piadoso de sepultar, sobre todo cuando consiste auténticamente en “dar tierra”.

Alcalá-Zamora y Castillo, L. (1998). *Diccionario enciclopédico de derecho usual*. Editorial Heliasta S.R.L. página 615

En contraste, la definición que aparece en el *Diccionario de la Real Academia Española* se queda corta, porque apenas aventura unas palabras referentes al acto de excavar:

EXCAVAR: quitar de una cosa sólida parte de su masa o grueso, haciendo hoyo o cavidad en ella.

Excavar. (n.d.). <https://dle.rae.es/Excavar>

Las definiciones más útiles y enriquecedoras son aquellas que no pretenden abarcar todo diciendo poco, sino aquellas que se aventuran a describir los efectos del actuar de las personas en el mundo, aún cuando no pueden abarcarlo todo.

Conversaciones sobre la definición de *excavar*

Siguiendo con la búsqueda del significado profundo de la palabra “excavar”, me propuse recolectar definiciones de cuatro personas importantes para mí: mi madre, mi profesora de grabado, mi amigo artista y un jardinero desconocido. Estas me ayudarán a ampliar y cuestionar mi propia definición de excavar. Así puedo confrontar las definiciones más tradicionales de los diccionarios.

Profesora Adriana Torres Cap. Maestra en Artes Plásticas.

“Mi definición de excavar puede ser vista de varias maneras: una es cuando vamos a hacer un agujero para sembrar una planta, como en el caso de la finca con mi abuelo. Otra definición podría pensarlo cuando hago cerámica, cuando trabajo con arcilla y quiero excavar un detalle. Si ya estuviera pensando en grabado, no sería excavar, pero uno en ocasiones hace unas mordidas muy profundas cuando hace agua fuerte y pretende lograr unas incidencias que permitan un tipo de línea o un gofrado. Pero también podríamos pensar que, si uno talla en madera, en esa ocasión, sí podríamos pensar que el tallado es una forma de excavar.”

Audio de whatsapp lunes 8 de agosto 2:01 pm

Para definir esta palabra, Adriana recurre a su quehacer cotidiano. Se pregunta cómo se excava una artista y qué excava en su proceso creativo. Su respuesta se refiere a un acto que es realizado tanto en la cerámica como en el grabado, que son dos ramas del proceso creativo en el arte, y en el que se usan otros términos para definirlo. Hacer una ranura, un hueco o causar una herida es una referencia recurrente en su definición. Dice que es marcar un sello en cualquier material. Excavar es hacer una acción en la cual se hace un hueco o se crea un desnivel para poder dar forma a algo. ¿Será que excavamos en los materiales o hacemos heridas en ellos para dar una nueva percepción de su materialidad? ¿Excavamos los materiales para generar un proceso artístico de conocimiento y hacer obras de arte?

Esperanza Del Carmen Quiroz Mora. Mi madre y docente.

“Excavar para mí, tiene dos significados. Palabra que se puede dividir en dos:

“Ex”, que significa estar ausente (revelando algo que tengo guardado en algún momento, en algún lugar, en algún estado); y “cavar”, que significa buscar, descubrir, mover objetos de sus lugares haciendo uso de la imaginación, creatividad y nuestros propios recuerdos, las manos, los sentidos que contribuyen a descubrir, ahondar, sacar y encontrar. Por lo tanto, juntando las dos palabras, tendría el significado de revelar, encontrar algo en alguna parte: un producto, un objeto, un recuerdo, una idea (aún en la misma memoria).

Excavar es una acción que me lleva a obtener un aprendizaje, un resultado, un logro, un producto o simplemente un objeto.

En nuestro medio, excavar es sinónimo de trabajo diario, ya que por nuestra condición de campesinos trabajadores, siempre estamos en esa continua actividad de excavar bajo la tierra un producto que se ha sembrado y cuidado con dedicación. Excavar para mí es buscar, investigar, aprender de la literatura, de la experiencia, de la misma vida; profundizar en el conocimiento hasta encontrar un poco de lo que se podría llamar verdades ocultas, ya sean ideas, conceptos, sentimientos, maneras de vivir, de ser, de convivir y, por qué no, de innovar.”

Escrito definición de *excavar*: Domingo 07/08/2022

Mi madre da una definición muy personal, ahondando en su memoria y en cómo esta palabra ha sellado su vida cotidiana. La divide en dos secciones porque espera definirla de dos maneras, que es algo que hacemos cotidianamente: separar para poder clasificar. Piensa en el acto de excavar como una acción propia del campo, que es una respuesta coherente, porque lo más normal para definir una palabra es recurrir a nuestros recuerdos. Y qué mejor manera de hacerlo que pensar en acciones donde ponemos en uso la palabra. Cuando puntualiza sobre el acto en sí, lo hace refiriéndose a una

palabra conocida, específicamente en el contexto campesino: en el acto de excavar para sembrar, recoger una siembra o hacer un hueco en la finca, y lo asocia al trabajo. Después, concluye que es una acción que al final siempre tiene un resultado, llámese objeto, información, creación, imaginación o algo más.

Roberto Acosta Arboleda. Amigo y artista plástico.

“W. Benjamín decía: “excavar es recordar”¹. Pues si bien el término desde el campo de estudio etimológico se refiere a “sacar algo bajo tierra”, la misma palabra bajo términos retóricos la podría redirigir, redireccionar o redefinir hacia “rescatar” (si es sobre una historia se está hablando), “ahondar” (sí es sobre una idea que se está planteando) o “recordar” (si la misma memoria estamos evocando).

La palabra misma nos impulsa a extraer algo, y ese algo muchas veces funciona como el resultado de un imaginario; como el hallazgo de aquello que siempre hemos estado buscando: el hallazgo de una nueva idea.

Excavar, por otra parte, se podría definir como una alteración, una modificación hacia la materia o al mismo pensamiento, si se quiere. Es decir, que también se podría plantear que excavar es deconstruir; es tomar las partes de un todo, recogerlas y crear de ella algo nuevo, pero que no pierda su esencia inicial.

Finalmente, aunque excavar es hallar, muchas veces existen situaciones donde la búsqueda misma nos lleva a la nada, a ese lugar donde no hay una

¹ “La lengua nos indica de manera inequívoca que la memoria no es un instrumento para conocer el pasado, sino sólo su medio. La memoria es el medio de lo vivido, al igual que la tierra viene a ser el medio en que las viejas ciudades están sepultadas. Y quien quiera acercarse a lo que es su pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Y, sobre todo, no ha de tener reparo en volver una y otra vez, al mismo asunto, en irlo revolviendo y esparciendo tal como se revuelve y se esparce la tierra.” Benjamin, W. (1885). Excavar y Recordar. Traducción de Jorge Navarro Pérez, página 93.

explicación razonable sobre algo, y esto nos conduce hacia una frustración del orden existencial.”

Esta definición se refiere más a un proceso. Para definir la palabra, utiliza otras que van construyendo la definición. Dice que al excavar se empieza por la mirada, que se debe redirigir, redireccionar. Luego hay que ahondar: empezar la búsqueda de eso que queremos encontrar. Los guaqueros llaman a esto “catiar”, que es estudiar la zona antes de empezar a trabajarla. Después viene la extracción. Lo que más llama mi atención es que, según él, si en llegado momento no encontramos eso que pretendemos buscar, podríamos llenarnos de frustración existencial, que es lo contrario a lo que pretendemos alcanzar al excavar.

Ferney Calvache. Jardinero.

“Excavar es quitarle la tierra al tronco de las plantas para que estas germinen de una manera adecuada. Cuando yo excavo, retiro la tierra del tronco principal de la planta para que pueda recibir todos los nutrientes necesarios del suelo. Yo como jardinero excavo todos los días para que estas se desarrollen y crezcan de una manera adecuada.”

Esta definición se enfoca en las plantas y en la relación entre el acto de excavar y la jardinería. Entiendo que, en su experiencia como jardinero, la excavación es un proceso de germinación. Excavar no es buscar cualquier cosa, sino aquello con unos factores nutritivos que en algún momento servirán para dar vida, para renacer de una nueva manera. Pretender renacer mediante el acto de excavar es llenarlo de sentido. Es asociar excavar con crecer, sanar, curar. Algo que resulta inspirador.

Mi definición

Para mí, excavar es hacer un recorrido continuo. Es hacer un pequeño viaje introspectivo de preguntas en las que vamos siempre a encontrar varias respuestas. Porque excavar también es el proceso de hacer el hueco. Primero hay que limpiar, asear, quitar todo cúmulo de maleza y desechos informativos. Raspar superficialmente para reconocer la zona en la que nos encontramos. Decidir que ese es el espacio de enunciación de nuestra investigación.

Después, hay que escarbar para sacar la información que dará respuesta a nuestras dudas. Es como destapar algo enterrado con la mayor cautela, porque es nuestro mayor tesoro, la respuesta minuciosa a nuestras dudas (aquella que se encuentran en ese lugar, pero seguimos en el proceso de escudriñar). Luego, evaluar qué fue lo que encontramos. Y si hay que sacarlo con la mayor delicadeza, estudiar la zona, abrir más la boca del hueco para no afectar ni destruir ese tesoro y, con un pincel, limpiarla por los bordes. Allí nos damos cuenta de si esa es la respuesta. Y si lo es, terminamos de cavar para dejar libre esa información repentina que hemos encontrado. Generalmente se registra el proceso y se anota cada cosa que se ha encontrado. Finalmente, la sacamos a la luz, la exponemos ante nosotros mismos y nos damos cuenta de que el acto de excavar dio sus resultados. Ahora que tenemos esa información en nuestras manos, veremos qué hacer con ella.

De este modo, puedo decir que la arqueología y la etnografía han servido como apuesta metodológica para profundizar en mi pasado –en mis raíces–. Indago en las prácticas de vida de las personas con las que compartí en mi infancia para ampliar la visión de Nariño como mi lugar de enunciación. Se trata de prestar atención a lo que la gente hace a su manera.

Esta reflexión toma como inspiración el texto de Hall Foster El artista como etnógrafo (2001). Foster es un crítico de arte e historiador estadounidense. En su texto plantea la sustitución del modelo de “autor como productor”, propuesta por Walter Benjamín en los años treinta, dando un giro etnográfico en el arte contemporáneo. Este nuevo giro ganó fuerza cuando la institución del arte dejó de describirse únicamente en términos espaciales –como el museo, el estudio o la galería–. La propuesta parte de que los observadores no pueden ser delimitados: son sujetos sociales definidos por un lenguaje y una tradición oral marcada por las diferencias étnicas, económicas y culturales. Se da valor, entonces, a la interdisciplinariedad del arte, particularmente a su relación con la antropología. Una relación que se da en términos culturales y sociales y que da cuenta de la importancia de conocer y reconocer las raíces ancestrales partiendo desde la familia.

Mi intención de apropiación de los sellos se convierte en un método de producción invasiva en mi proceso creativo. De este modo, hace parte de los cambios que se pueden generar en el arte desde otras disciplinas. Así se logra que el arte pase a un campo ampliado de la cultura –del que se pensaba solo debía ocuparse la antropología–.

Como diría Foster, el artista es quien elige un sitio, entra en su cultura y aprende su idioma; concibe y presenta un proyecto para pasar a un siguiente sitio en el que se repite el ciclo, cambio que constituye una lógica espacial. De esta manera, actuar como etnógrafo permite acercarse a la identidad no solo como algo que se reflexiona o se da por una narrativa, sino también como algo que implica que se conozca la cultura de forma detallada para recorrerla y exponerla a la sociedad.

Descripción del acto de *excavar*

El significado de una palabra no se encuentra solo en lo que pensamos de ella, sino en aquello que hacemos con ella. Por eso, decidí realizar un ejercicio al que llamé “Buscando en el socavón”.

Excavé en el parqueadero de la casa que arrendaba en el centro histórico de Popayán y registré mis pensamientos mientras lo hacía. Tras revisar la grabación, me doy cuenta de que tengo un proceso incorporado cuando excavo. A continuación, me propongo explicar parte de ese proceso por medio de una clasificación. Incorporaré primero parte de la transcripción del ejercicio para que se pueda comprender fácilmente mi flujo de ideas. Esta parte práctica la entiendo como un complemento a la definición antes planteada.

Transcripción

Esto es como una oficina, por ejemplo, porque en toda parte hay cosas de emergencia. “Salida de emergencia”. Como que esto era algo público.

Y aquí hay unos tachos de basura.

También hay cajas de cerveza.

Y aquí hay más papeles.

Voy a ingresar acá que hay un juguete de una niña o niño.



Figura 1.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.



Figura 2.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.

Hay unas impresoras viejas y muchos más papeles, libros y cosas.

No sé qué tantos papeles. Debe haber mucha información aquí.

Debe haber mucha información en este lugar.

“Nueva reforma laboral y pensional”. Esto supongo que era un lugar de abogados o algo así, porque hay muchos papeles, libros de constitución, de reforma educativa, leyes, de juzgado, que hacen juego con esas carpetas y con sus gráficas.

Hay cajas de computadores.



Figura 3.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.



Figura 4.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.

Aquí hay más extintores.

Hay otros papeles acá. Hay unos cartuchos de impresoras. Hay unos trofeos y mucha, mucha más información aquí.

Hay un router de wifi.

Este es un lugar que parece que recién fue habitado no hace mucho tiempo.

Por acá... no sé, más papeles, muchos más papeles que deben tener mucha información de algo.

Yo creo que, de pronto, alguien podría haber vivido en este lugar, porque hay champú y cosas así; y acá hay un baño. Pero no podrían haber vivido en este lugar, porque aquí también hay una representación que dice "hombres". Supongo que había un baño de hombres y otro baño de mujeres. Entonces debía ser una especie de oficina.

Hay un extintor. Hay otro extintor grande.

Hay una camilla, unos cascos, muchos más cascos: trabajaban ingenieros, pero no sé, de Alcanos tal vez.



Figura 5.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.



Figura 6.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.

Aquí trabajaban personas del gas, porque hay tapas, tapas del gas, y dejaron este lugar y las cosas como si se hubieran ido de repente.

De repente se fueron... para que la naturaleza se apoderará de esto. Ella se empieza a apoderar de estos lugares diciendo: "¡Aquí puedo crecer yo!", y empiezan a hacer estas gráficas. Empiezan a hacer sus procesos invasivos en este lugar.

Hay unas cucharas. Hay el rastro de una acción: como que alguien salió de repente de este lugar. Y miren estos cuadros, estos cuadros de naturaleza: la naturaleza apoderándose de un lugar que las personas en algún momento abandonaron.



Figura 7.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.



Figura 8.
Buscando en el socavón
24 de julio, 11:00 a.m.

¡Es espectacular! porque la naturaleza hace sus creaciones a partir de lo que nace y crece, y no importa el lugar ni la zona, sino que puede generar poder. Dice:

“¡Qué me importa que haya una construcción aquí! ¡Yo también puedo nacer aquí! ¡Yo también puedo crecer en este lugar!”.

Y genera estas divinidades... que son cosas impresionantes. Puedo tomar una fotografía de este cuadro.

Instrucciones para *excavar*

El acto de excavar lo hago preferiblemente en solitario y en un lugar poco transitado. Excavar es un acto íntimo.

Excavar es como irse de excursión. Es hacer un pequeño viaje para descubrir algo. Se debe hacer con el mayor respeto y cautela, cuidándose de no tocar nada para no afectar el estado natural de las cosas que se encuentran alrededor. El acto de excavar está relacionado con la aventura y el descubrimiento.

En el proceso de excavar encuentro cinco instrucciones que explico a continuación:

1. Observar, clasificar y nombrar

Primero, observo. Hago un paneo sobre los objetos del lugar a excavar. Luego, los clasifico. Encuentro una relación entre los objetos que se encuentran en ese lugar y los que yo conozco. Los reconozco y los nombró. por ejemplo:

“No sé qué voy a encontrar. Estoy haciendo este video hoy. Esta excursión por este lugar para encontrar detalles, porque tiene varias cosas. Es como darme cuenta de algo que hay en este lugar. Lo primero, pues, es que hay mucha basura; hay demasiada basura y es como si estuviera en construcción todavía. Este lugar es como si hubieran dejado a medias una construcción que pensaban realizar, porque hay varios materiales. Hay materiales como madera, superboard, hierro, ventanas, estuco... hay enchufes. Estos se llaman flejes de hierro. Hay cables y hasta luces.”

2. Describir el lugar y los alrededores

Hago una contextualización del lugar en el que me encuentro, registrando e intentando describir cómo es el lugar y cómo me siento allí. En el acto de excavar es muy importante pensar en el lugar y los alrededores de donde uno se encuentra.

“Hoy estoy en el centro histórico de Popayán. Aquí, en un garaje donde yo guardo mi carro en la casa donde vivo. Es un garaje super amplio y muy, muy grande. Es un garaje inmenso y tiene muchas cosas botadas. Voy a excavar en este lugar para encontrar cosas, para darme cuenta de cosas.”

3. Preguntarme por el origen de las cosas

Empiezo a cuestionarme por qué en ese lugar hay ciertos objetos y marcas. Siento una necesidad de intentar dar respuesta a cómo estos objetos pudieron llegar allí. El acto de excavar es una pregunta por el origen.

“Es bonito también estar en este lugar porque tiene una fuerza y un poder antiguo. Pero no es un poder antiguo normal, sino que es un poder antiguo tenue. Sí, hay zonas antiguas que generan un sentimiento de atracción. Esto me genera miedo. Por la noche me siento fuerte. Hay una escalera vieja. Alguien la pudo haber utilizado en algún momento. Ahora no creo que sirva para nada.”

4. Imaginar

Después de preguntarme por el origen, empiezo a imaginar situaciones por las cuales esos objetos o cosas encontradas llegaron hasta ese lugar. Entonces, intento darles una historia a esas cosas.

“Creo que tenían alguna mascota porque hay un comedero de mascotas. Debieron tener un gato o algo así. Por acá hay un estante como para caballetes. Qué raro. ¿Pintarían en este lugar? ¿No sería una escuela de pintura o algo así?”

5. Reflexionar.

Generar estas atmósferas imaginativas me lleva a reflexionar. Así es como algo sencillo, básico, me lleva a generar pensamientos críticos conceptuales.

“Aquí trabajaban personas del gas, porque hay tapas, tapas de gas, y dejaron este lugar y las cosas como si se hubieran ido de repente. De repente se fueron... para que la naturaleza se apodera de esto. Ella se empieza a apoderar de estos lugares diciendo: *“¡Aquí puedo crecer yo!”*, y empiezan a hacer estas gráficas. Empiezan a hacer como estas invasiones, sus procesos invasivos para invadir este lugar.”

“Y miren estos cuadros, estos cuadros de naturaleza: la naturaleza apoderándose de un lugar que las personas en algún momento abandonaron. Es espectacular porque la naturaleza hace sus creaciones a partir de lo que nace y crece, y no importa el lugar ni la zona, sino que puede generar poder. Dice: *“Qué me importa que haya una construcción aquí. Yo también puedo nacer aquí. Yo también puedo crecer en este lugar”*. Y genera estas divinidades... que son cosas impresionantes. Puedo tomar una fotografía de este cuadro.”

Excavar como método de vida

Excavar no es algo que he hecho solamente en un ejercicio controlado y motivado por este proyecto, sino que es algo que ha estado presente durante toda mi vida. He podido identificar tres momentos en los que excavar fue un acto trascendental para mi aprendizaje. Esos momentos representan la adquisición de unas sensibilidades heredadas que luego pude recuperar en objetos y reliquias que se han conservado en mi familia y en los lugares donde he crecido y habitado. Cada uno de estos momentos será también el tema de los capítulos siguientes. Lo que muestro aquí es solo un fragmento de lo que representarán posteriormente.

Primer momento

En el tercer cajón

Un álbum fotográfico es un archivo de recuerdos. Muy pocas veces lo sacamos del escondite que le asignamos: ese cajón recóndito. Lo cuidamos con recelo porque en él está uno de nuestros tesoros más grandes: nuestra identidad personal y familiar.

Mi madre guardaba su álbum en un nochero viejo de madera que nadie utilizaba. Tenía dos puertas laterales con vidrio, un armatoste encima tipo buffet que hacía de biblioteca y tres cajones centrales. El último cajón se cerraba con fuerza y era muy difícil abrirlo. Las fuerzas de un niño curioso no bastaban.

Años después, tuve la fuerza suficiente. Jalé con desespero la chapa de metal y, con un sonido rechinante, se abrió el cajón. Estaba seguro que allí había algo que valía la pena ver. Empecé a observar qué cosas lo habitaban. Olía a húmedo, a guardado. Había estado cerrado por un largo tiempo. Pude distinguir tres cosas dentro: un libro sin cubierta que tenía varios escritos en letra pegada muy difíciles de entender, un cofre circular negro (de esos en los que venían los roys fotográficos antiguos a blanco y negro) y un álbum de

fotos sin cubierta. Saqué el álbum. Sus hojas color crema tenían un extraño pegante al que se unía una especie de acetato que pasaba por encima de las fotos. Las fotografías estaban distribuidas de a dos por cada página; unas líneas escritas a mano las databan con horas y fechas exactas y le hacían compañía a un par de hojas de tréboles y empaques de chicles.

Segundo momento

La gran máquina amarilla

Mi tío empezó a excavar. En la multitud que se agrupaba reconocí vecinos, conocidos y algunos de mis amigos. Se había corrido la voz de un nuevo hallazgo. Podía sentir desde lejos que el piso se movía en un temblor continuo. La máquina perforó la tierra. Sus movimientos eran extraños para mí. Empezó a sacar tierra negra. Gris. Ocre. Ocre. Ocre. Unos objetos color ocre salieron de la tierra. La gente empezó a sacarlos y recolectarlos. La máquina no paraba. Sacaba y botaba montones de tierra a un costado de la herida fresca. La gente con las manos buscaba cosas valiosas. Algunos de los objetos salieron rotos. Recogí los residuos e intenté imaginar lo que serían. No entendía por qué del fondo de la tierra salían esas cosas. Pero una cosa sabía: allá abajo, en el fondo del suelo, después de hacer un hueco, se descubren cosas.

Tercer momento

La caza azul

San Marcos es una vereda del municipio de Pupiales después del corregimiento José María Hernández. A unos diez minutos del pueblo por carretera destapada se llega a La Silla (así llamó mi abuelo a la casa del centro de la finca), mi destino.

Voy en mi carro. En medio del camino pienso en cómo podría ordenarle a mi cuerpo para que deje aflorar mi sensibilidad en este viaje. Ha llovido mucho y la carretera está llena de huecos. Pozos de lodo. Me encuentro con alguien y

decido llevarlo para que me acompañe en el recorrido.

–Joven, estas carreteras se acabaron por el invierno– me dice.

Yo, en mi afán de buscar las imágenes que se hacen visibles en mi mente, solo podía imaginar metáforas con esos huecos.

–Qué bueno que venga a la casa. Antes la tenían abandonada y se iba a caer. Ahora está muy linda y se mira que ya hay gente– siguió.

–Sí, estamos haciendo lo posible para que la casa vuelva a ser la misma de antes– respondí.

–Mijo, las casas vuelven a tener vida cuando se le echa leña al fogón. El humo las recupera y ellas se alegran.

Esas palabras se me quedaron en la cabeza.

¿Cómo sonrío una casa?

¿Cómo la gente se da cuenta de que la casa cambió de dueño?

Excavar en mi familia

Un gran amigo

Hoy voy a contar de un álbum familiar que guardé
con tanto esmero en un recóndito lugar.

Para mí significa historia, allí está mi identidad, mis
raíces, mi trabajo quien lo mire lo dirá.

Se parece a un amigo, ocupa un lugar especial,
imágenes que llevo impresas de forma fenomenal.

Cuando me visita la nostalgia, lo busco con mucho
afán, para curar mis heridas y dejar por mis mejillas
una lágrima rodar.

De tantos buenos momentos he guardado un
montón. Fotos, fechas y sentimientos, que jamás se
olvidarán.

Con un buen hombre un día familia decidimos
formar; nuestro recuerdo e historia impreso en fotos
quedará.

Éstas fotos llevan impreso todo, fecha y lugar, para
cuando las mire al instante regresar.

Allí están nuestros padres, nuestros hermanos y
demás, impreso está todo recuerdo, nuestros hijos,
tesoro sin igual.

Por estar siempre guardado despertó curiosidad a
un inquieto infante que le encanta preguntar.

Lo mira, lo busca, lo encuentra, conocimiento
empieza despertar, y con asombro ha de fojear hojas
que desea profundizar.

Se convirtió para él en sinónimo de crear, estudiar,
volar e imaginar, para las raíces valorar.

Ahora sólo me queda su trabajo incentivar, el deseo
de unos padres para sus estudios continuar.

Espero con estos versos, poderles presentar un
escrito muy certero para poder terminar.

A todos los familiares nuestra inmensa gratitud por
dejarnos sus raíces presentes en la juventud.

Escrito por: Esperanza del Carmen Quiróz Mora

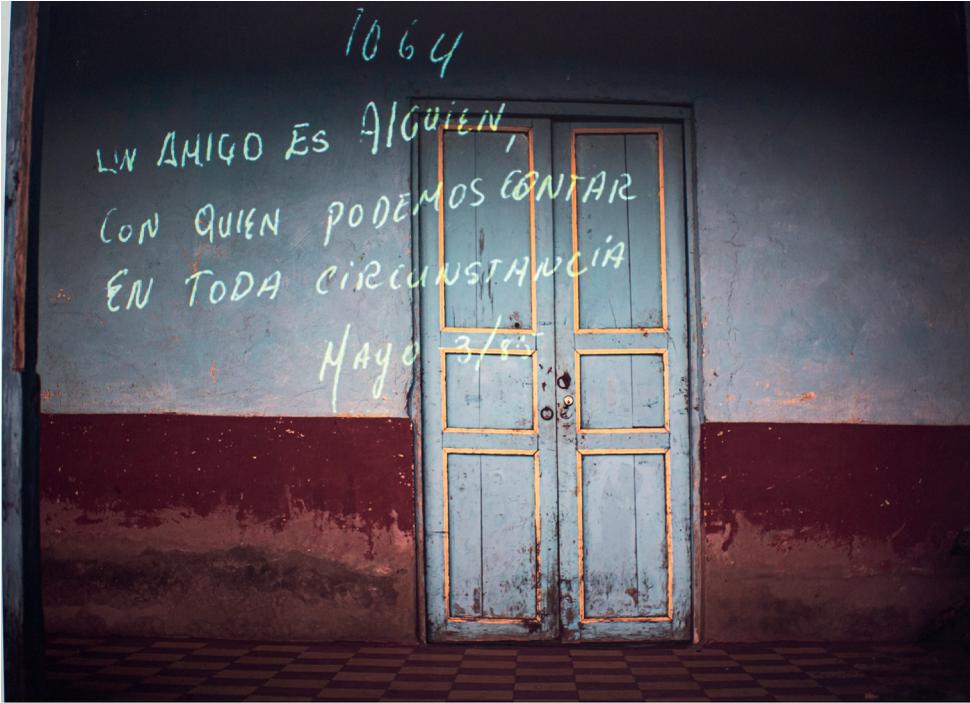


Figura 9. Entre hojas y puertas
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Fotografía y proyección
Año: 2022

Entre hojas y puertas es una obra fotográfica que resulta de la excavación en nuestro álbum familiar. En el álbum encuentro varios escritos de mi madre que datan fechas y momentos importantes de la vida familiar. Un fragmento escrito el tres de mayo de 1985 llama particularmente mi atención; dice: “*un amigo es alguien con quien podemos contar en toda circunstancia*”.

Encuentro una conexión entre este fragmento y el escrito *Un gran amigo*, que mi madre escribe sobre su álbum por encargo mío. La convergencia de

los dos textos se convierte en el detonante para incentivar a hacer un proceso de digitalización del texto sin afectar su esencia ni caligrafía. Realicé una proyección con un videobeam sobre una de las puertas de la casa de mis abuelos maternos, para realizar así una composición fotográfica y darle un sentido poético a la imagen.

Marcar, datar, sellar es algo propio de mi familia: mi abuelo Nectario Quiróz marcaba su ganado con las iniciales de su nombre (NQ), mi madre data fechas y horas exactos en su álbum familiar y yo sello todo aquello que llama mi atención para dejar una huella o marca en la memoria.

Afinidad familiar

Siempre me he sentido atraído por las historias de mi familia. Las fotografías del álbum familiar me han intrigado al punto de que he tenido que recurrir al arte para descifrarlas. Es mi intento por develar las anécdotas detrás de cada foto. Todas están cargadas de sentimientos y sucesos que rodean mi vida y la de mi familia. Acontecimientos que se cuentan como una confidencia alrededor de un comedor durante la noche, acompañados de conversaciones, regaños, risas y llantos.

Las ideas son como peces.

Si quieres pescar pececitos, puedes permanecer en aguas poco profundas. Pero si quieres pescar un gran pez dorado, tienes que adentrarte en aguas más profundas. En las profundidades, los peces son más poderosos y puros. Son enormes y abstractos. Y muy bellos.

Yo busco un tipo particular de pez importante para mí, uno que pueda traducirse al cine. Pero allá abajo nadan toda clase de peces. Hay peces para los negocios, peces para el deporte. Hay peces para todo.

Todo, cualquier cosa, surge del nivel más profundo. La física moderna

denomina a ese nivel campo unificado. Cuanto más se expande la conciencia, más se profundiza hacia dicha fuente y mayor es el pez que puede pescarse.

Lynch, D. (2006). Atrapa el pez dorado. Traducción: Cruz Rodríguez Juiz. Página 6.

En la excavación hay varios tiempos. Al principio es un acto solitario, de introspección, donde se trata de conocer el lugar del acto. El segundo tiempo es cuando se llega a la tierra dura, donde las manos ya no bastan para escarbar. El tercer momento es cuando se recurre a herramientas y objetos que perforan en las capas más profundas. Y un último momento donde finalmente se extrae el tesoro que se busca.

Así como el gran pez dorado solo habita en aguas profundas, los tesoros más valiosos se encuentran solo bajo las capas más duras de la tierra. Si cavamos únicamente con nuestras manos, no encontraremos más que materia en descomposición. Pero si, al contrario, recurrimos a algunas herramientas, como palas y picas, e invitamos a más personas para que nos ayuden, convertiremos un hoyo de jardinería en una fosa de conocimiento.

El jardinero Ferney dice que uno excava para que las plantas puedan tomar los nutrientes necesarios para sanar. Entonces, el acto de excavar lleva a sanarse: es hacer un hueco que luego va a cerrarse, y del que no quedarán más que recuerdos y aprendizajes.

La excavación es una constante recopilación de información. Excavamos para saber dónde sembrar, construir y particularmente, para encontrar tesoros. Cuanto más honda se haga, más y mejor información obtenemos. A medida que se va cavando, se exponen los diferentes tipos de colores de la tierra: primero es negra, después, amarilla, luego es entre gris y blanca, sigue con un tono ocre y, al final, cuando se da la última palada, brota del fondo una sustancia cristalina, que convierte la excavación en un manantial.

En la casa de los abuelos una vez cavamos un aljibe.
El agua también es un tesoro. Hay otro tipo de tesoros,
como los prehispánicos, que se enterraron para no ser
encontrados: están tapados por la tierra y no quieren salir
a la luz. Pero cuando se sacan, se reconoce en ellos el tesoro
de los antepasados, su historia, y sus recuerdos.

En la vereda Miraflores, municipio de Pupiales, están las que
para muchos son las tumbas más profundas de América.
Fernando Pareja y Leidy Chávez crearon una obra que busca
representar ese abismo. Ambos artistas estudiaron Artes
Plásticas en la Universidad del Cauca. En sus obras utilizaron
como referente su propio cuerpo y es lo que motivó su proceso
creativo. Sienten la necesidad de fotografiar personas que ven
en la calle con el objetivo de encontrar similitudes entre sus
cuerpos y los cuerpos “extraños”.

Habitualmente sus obras son protagonizadas por personajes
inquietantes en situaciones extrañas y cuyos gestos son
captados de la observación de otras personas y de sus propias
vivencias. La escala de sus obras las hace ver como elementos
accesorios de un contexto de carácter doméstico. Sus piezas
escultóricas parecen complementos de objetos como una mesa
o un escritorio, que permite establecer una comunicación con
los espectadores apelando a lo imaginario y a la fantasía, como
si se tratara de juguetes.

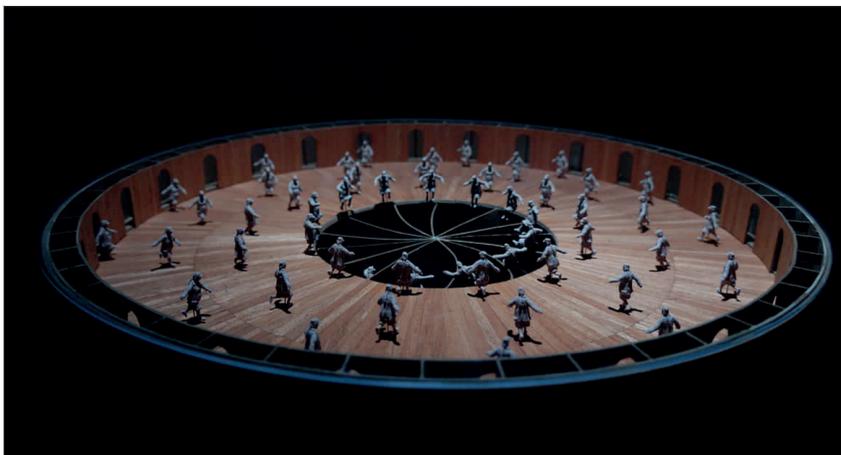


Figura 10. BIOGRAFÍA. (s. f.) Fernando Pareja y Leidy Chávez
Portafolio. Recuperado 10 de octubre de 2022, de <https://fernandoyleidy.wixsite.com/portafolio/about>

Estos artistas me han revelado el poder y la fuerza de las obras de arte. Hay otras dos obras en particular que llamaron mi atención por su evocación simbólica y esencia reflexiva como *La Minga*:

La obra de arte "*La Minga*" de 2014 no se trata solo de colaboración, sino que también retrata la naturaleza caníbal de la maquinaria económica y la humanidad. La situación representada no se trata de una comunidad funcional, sino de un mundo industrializado que consume a sus habitantes de manera circular, cíclica y sin esperanza. La obra de arte utiliza sonidos y objetos analógicos para crear un drama musical que acompaña la acción.



Figura 11. *La Minga*

Fernando Pareja y Leidy Chávez

Técnica: Instalación animación con fotogramas modelado con cera de abeja, cartón, acrílico y elementos eléctricos.

Medidas: 20 alto x 35 ancho x 42 largo

Año: 2014

El trabajo de estos artistas me toca personalmente porque revela la importancia de reflexionar sobre la sociedad en la que vivimos y de buscar nuestra propia identidad como artistas y como seres humanos. Su obra fue uno de los detonantes para la creación de mis piezas artísticas y es una prueba del valor del arte, pues la fuerza de sus ideales hace que sienta más cercana e íntima su creación.

Hay todo tipo de recuerdos. Unos pasan a la posteridad y desaparecen. Otros, se quedan por un momento y eventualmente se olvidan. Pero hay unos que se quedan para siempre y sin permiso en nuestro ser, en nuestra más profunda capa de sentimientos. Esa tierra dura es el propósito de mi excavación. Pero, para encontrarlos, tengo que llegar a mi fondo: excavar en mí mismo, y en mi memoria... y no puedo hacerlo solo con mis manos, que ya duelen. Es un trabajo arduo.

En este capítulo, busco unas herramientas que no se dañen en el proceso; que sean duras y fuertes y no se doblen fácilmente. Serán mi ayuda para traspasar las capas más duras de mis recuerdos, porque es allí donde están los tesoros cuyo brillo es el espejo de la victoria. Son reliquias de mi familia, mi fuente de inspiración continua.

Reliquias

“No sólo nos llega en el código genético el color de los ojos o el dibujo de la nariz, sino la pasión por el alcohol o la ruleta, el amor febril y desaforado, los gestos que hacemos al mirar por una ventana, los estados de ánimo, los celos, la cobardía o el coraje, la ensoñación o la tendencia al delito y al asesinato. No somos un yo, sino una suma de individuos que se dan cita en nuestro cuerpo, una actualización de muchos ancestros que encarnan, de pronto y sin permiso, en nuestra piel, en nuestras manos, en nuestra más escondida psicología. Somos clan, tribu, pura muchedumbre en movimiento. Las palabras que dices en la intimidad del lecho con tu pareja las decía tu abuelo, los accesos de depresión incontrolada son de tu bisabuela, el talento para pintar o componer es de tu madre, y de la misma forma tu

hijo dirá o hará cosas que son tuyas, porque tú se las has transmitido con la máxima generosidad, pero también con la máxima crueldad. Eres Dios y Satán para tu progeie.”

Mendoza, M. (2001). Relato de un asesino. Planetalector. capítulo III pág 80

Mi herencia paterna

Los abuelos de mi padre son oriundos de veredas cercanas al corregimiento Jose María Hernández, en el municipio de Pupiales, Nariño. Cuando se casaron, se fueron a vivir al pueblo. Sus hijos, mis abuelos Manuel Rosero y Erlinda Rosero, permanecieron allí toda su vida. Mi padre nació en el mismo corregimiento como el quinto de once hijos: nueve hombres y dos mujeres. Crecieron juntos en una pequeña casa de adobe, en la plaza central del pueblo.

Se consideran personas humildes, trabajadoras y honradas. Y, al ser muchos, son una familia divertida. Cuando se reúnen, se cuentan todo tipo de anécdotas. Son de carácter fuerte –consecuencia de la predominancia masculina–. Todos los hombres son conductores: un vecino les enseñó el oficio.

En Jose María Hernández, cualquier cosa es un acontecimiento. Cuando llegaron los vehículos por primera vez al pueblo, el asombro duró días. Los niños no soñaban con otra cosa. Mi padre, que desde muy pequeño trabajaba buscando su propio sustento, solía lavar los carros del vecino. Al tocarlos, alimentaba un sueño que tomó forma ya de joven: junto a sus hermanos y muchos de los otros jóvenes del pueblo decidieron volverse conductores.

Para todos ellos, los autos eran sinónimo de riqueza, pues el señor Telmo Mallama, el dueño de los carros, tenía muchos más recursos económicos que la mayoría. Bajo su tutela, mi padre y sus hermanos

mayores aprendieron a manejar. Luego ellos se encargaron de enseñarles a sus hermanos menores. Desde entonces, siete de ellos trabajan como camioneros –en especial de tractomulas– y dos son agricultores. Las dos mujeres siguieron el oficio de su padre y ahora son estilistas, comerciantes y amas de casa.

Mi herencia materna

Mis bisabuelos maternos son oriundos de Túquerres, Nariño. Llegaron a Pupiales porque encontraron trabajo como mayordomos en una finca cercana al municipio. Mis abuelos Rosa Mora y Nectario Quiróz se conocieron en el municipio de donde somos oriundos. Se casaron y vivieron en una vereda del corregimiento Jose María Hernández llamada San Marcos. Fueron una familia numerosa, conformada por nueve hijos: ocho mujeres y un hombre llamado Emilio que falleció a los doce años.

Se consideran mujeres trabajadoras, responsables y muy cuidadosas. También son muy estrictas en su forma de pensar y actuar, y prudentes en todo momento. Mi abuelo decidió que todas se educaran en la Escuela de Señoritas Normal Superior Pio XII porque estaba dirigida por monjas franciscanas. Este era el único colegio que ofrecía un internado como alternativa rigurosa de estudio para las señoritas que residían fuera del casco urbano del municipio. En consecuencia, todas se graduaron con un título primordial: Maestra Superior, en el caso de la mayor, y bachiller pedagógico las demás.

“Tenemos una vena artística”, dicen mis tías. “Somos sobrinas de músicos, pintores, profesores y procesos en los que se resalta el tejido como el bordado de punto de cruz y la costura”. En la actualidad, la mayoría de mis tías son docentes de colegios en el municipio, y las demás se desempeñan en otros oficios como la agricultura y el comercio.

Emprendiendo la búsqueda

De lo anterior, sigo en la búsqueda constante de eso que se llama un árbol genealógico. En el mío, las raíces son mis padres, porque de ellos y por ellos llegué a este universo.

A finales del siglo XX, mi padre solía recorrer Colombia de cabo a rabo, en travesías largas que duraban meses. En la distancia se le agolpaba la añoranza por mi madre. Ella le escribía desde Pupiales cartas en una máquina alquilada. Como debía enviar las cartas por telegrama, tenía que pagar por cada letra escrita. A veces, las cartas tardaban más tiempo en llegar del que mi padre empleaba en regresar. En ocasiones, mi padre llegaba a casa antes de que el telegrama hubiese llegado a su destino. Esto nunca retuvo a mi madre de responder. Aún hoy conserva varios de esos fragmentos en su álbum personal.

Le contesto con el corazón en la mano gracias por lo que me escribió lo tomo como lo mejor que pudo decime, qué lindo fue leer, aunque hay palabras que necesito descifrarlas. Yo también lo extraño, es lo único que pasa por mi mente su figura, sus palabras, sus gestos todo lo suyo me rodea y siempre lo tengo en mi mente y por ende en mi corazón. Por más lejos que se vaya está más cerca de mi.

Anotación de mi madre en su álbum personal.

Al darme cuenta de cuán importante fue para mis padres conservar este tipo de archivos, decidí usarlos, reconstruirlos, apropiarme de ellos para transformarlos en herramientas que me ayuden a indagar en mis raíces.

Junto con la superposición, pretendo crear historias e imágenes que sacuden mi añoranza de tener sus afectos. Uso sus textos y fotografías instantáneas para contextualizar mi trabajo, marcando una pauta en el tiempo y espacio, pero no con la intención de viajar al pasado, sino de traerlos al presente para poder soportar su ausencia. Las reliquias, que serán mis herramientas, son símbolo de tradición y amor familiar. Han trascendido en el tiempo para anclarnos a recuerdos y poder encontrarnos y reconocernos en ellas.

Le contesyo con el corazón en la mano
gracias por lo q ue me escribió lo
tomo como lo mejor que pudo decirme
que lindo fué leer. Aunque hay pala-
bras que nesecito descifrarlas.
Yo también lo extraño, es lo único.
que pasa por mi mente. Su figura,
sus palabras, sus gestos todo lo
suyo me rodea. y siempre lo tengo en
mi mente y por ende en mi corazón.
Por más lejos que se vava está más
cerca de mí

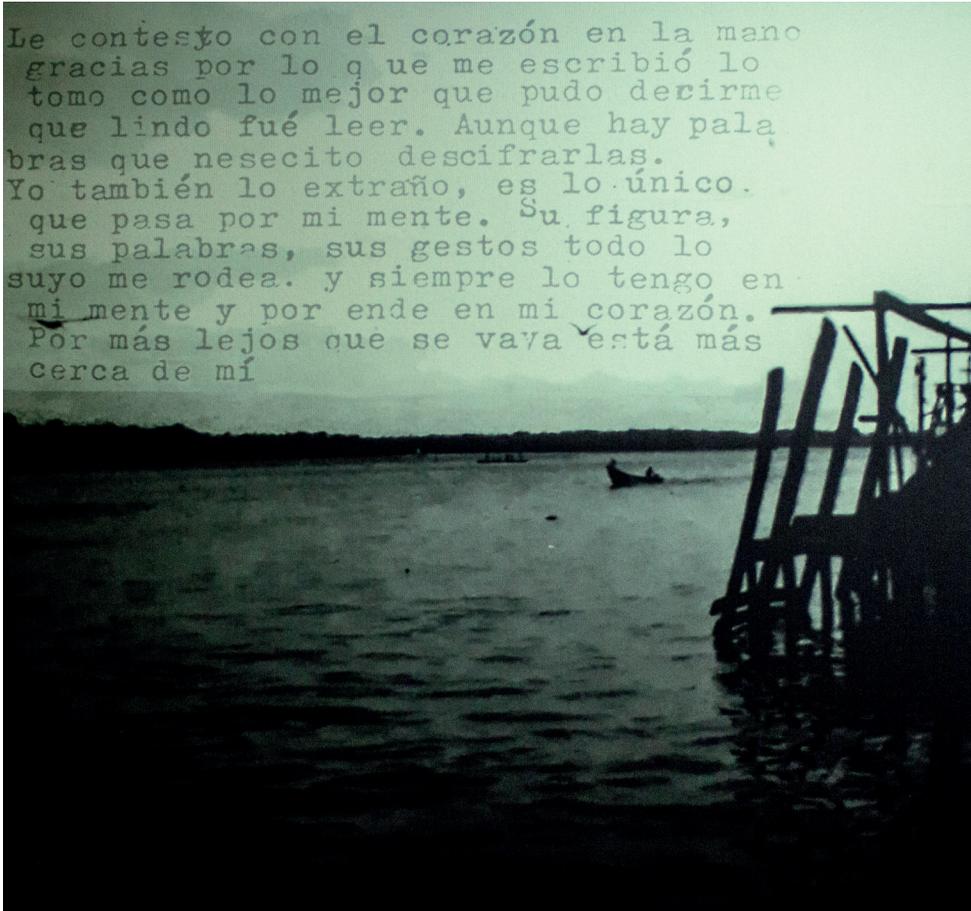


Figura 12. De la obra “Fragmentos de una herida”
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Intervención fotográfica
Año: 2020

Soy un recolector por naturaleza. Es decir, siento la necesidad de poseer y coleccionar. Ahora excavo para encontrar nuevos tesoros, pero hay otros que ya he ido encontrado. Estos, a diferencia de las sensibilidades que busco, son objetos a los que les he atribuido virtudes que se mezclan con sus verdaderas cargas espirituales. Algunos ya poseen un poder y fuerza que los caracteriza.

Todos han llegado a mi vida de alguna manera en particular. Todo el tiempo pienso en su materialidad como una característica diferenciadora: algunos son fríos, otros, cálidos, otros son marcadores de vida, otros tienen muchos años y hay unos que ni siquiera son tangibles. Se trata de afectos que he materializado para poder pensarlos y estudiarlos de alguna manera. Eso se representa en un proceso de aceptación personal, porque contribuyen de alguna manera a constituirme y hacen parte de mi existencia y cotidianidad.

He decidido mostrar al lector mis reliquias en forma de textos. Son recuerdos que se manifiestan cuando son evocados por mis familiares. Como son recuerdos que no me pertenecen –aunque comparta algunos de ellos–, decidí no modificarlos.

De mi herencia materna, mis tías Bernanda y Ana María Quiroz Mora, narran los afectos que han tejido con estas reliquias y confirman el vínculo que tenemos. Y aunque ellas tienen otras maneras de relacionarse con sus recuerdos y otras sensibilidades que despiertan con ellos, han respondido a mi petición para ayudarme a excavar en las tierras de mi memoria. A la par de sus recuerdos, añado uno propio, con el propósito de complementar el conjunto de recuerdos que se tejen con relación a mi familia materna.

Reliquias maternas

La hoguera

La casa de los abuelos es por generaciones, lugar cálido de encuentros, de alegrías y tristezas como también es el testigo de conversaciones placenteras; es el que viva la llama del amor, en el cual entre humo, aromas y sabores se comparte la unión familiar.

La tenacidad del campesino es envidiable, con encallecidas manos acomoda tres tulpas y con afanoso amor prende la hoguera para preparar el café de la tierra.

La madera de Cerote, Amarillo y de Pundé se consume entre llamas rojizas al arder; la abuelita es la encargada de mantener la llama viva de la hoguera que no se debe apagar.

El fogón de los abuelos es la hoguera de la casa, la llama viva es la familia. ¿Quién puede saber más de amores sino una familia unida?

En el fogón de la abuela siempre hay café para dar.
En el fogón siempre hay tortillas por azar
En el fogón todos se quieren abrigar
En el fogón todos podemos conversar.

El amor es un cuento, la sonrisa del abuelo es una
leyenda al reventar la candela,
Los consejos y los cantos de la abuelita, enriquecen
nuestras vidas y después a descansar,
de manera placentera.

“Aquí, aquí aquí me voy a sentar
Ay a lado de amor ajeno
Ay a lado de amor ajeno
Y no y no
Y no me he de levantar
Ay, aunque se enoje su dueño”
(Canción de la abuelita Mariana)

Junto a la hoguera muchos planes se trazan,
unidos todos con la voluntad de Dios. Junto a la
hoguera ningún ser se desplaza porque todos caben
alrededor del mismo fogón; junto a la hoguera todas
las sazones son excusa para un encuentro de amor,
un encuentro de familia, un encuentro de fogón.

El fogón es una herencia, llama viva de nuestros
abuelos, descanso de los trajinares abrigo de sus
anhelos, amigo de sus silencios y cómplice en la
preparación de sus alimentos.

Ojalá al pasar el tiempo, los fogones no se apaguen,
las historias no se acaben y la hoguera se mantenga
viva en nuestros corazones
Como riqueza heredada de nuestros abuelos.
Como un regalo materializado por tanto querernos.
Que la tecnología no apague los fogones de los
abuelos,
Que el estrés de la ciudad no apague la leña de
Cerote, de Amarillo y de Pundé
Que el materialismo y facilismo no apaguen las
hogueras del amor de las familias Unidas por un
café, una comida o una simple charla de fogón,
Porque tres tulpas hacen un fogón, porque la leña
hace la hoguera
Y la llama se mantiene viva por una tradición
llamada fogón del amor.

Escrito por: Bernarda Quiróz Mora

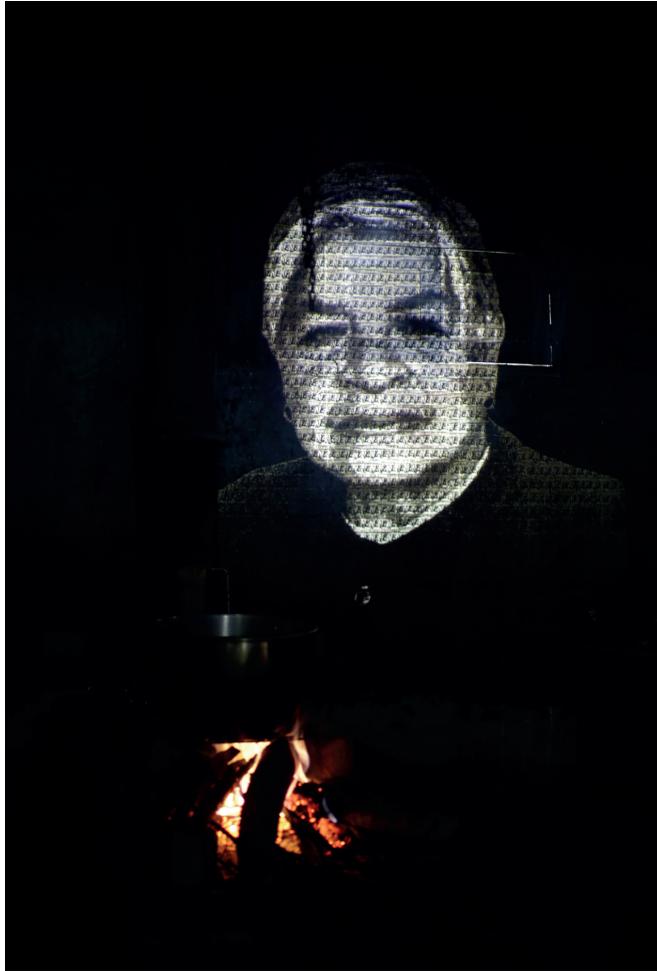


Figura 13. De la obra "Cipre"
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Fotografía y proyección
Año: 2022

En esta fotografía sigo profundizando en la superposición de imágenes. Para realizar esta obra, tomé una fotografía de mi abuela materna Rosa Mora y la interviene con sellos de la cultura nariño, que desde siempre han estado en mi territorio.

Esta foto es el resultado de superponer varias imágenes –la de mi abuela y los sellos– para luego tomar una fotografía de la proyección en el lugar predilecto de mi abuela: el fogón o la hoguera, como titula mi tía en su texto. Intento acoplar la imagen para apropiármela y crear una huella de tres conceptos (la abuela, los sellos y el fogón de leña).

Los retratos del proyecto están influenciados por la fotógrafa Shirin Neshat (1957). Es una de las artistas más representativas del Arte Iraní Contemporáneo, con una importante producción audiovisual y fotográfica.

Su obra se caracteriza por el tratamiento de la condición de la mujer en las sociedades islámicas contemporáneas. Neshat caracteriza su obra por las intervenciones y superposiciones de textos en sus fotografías, las cuales tienen una gran carga simbólica. Estas inscripciones son textos de escritoras iraníes sobre temas como el deseo, el sexo o la vergüenza.

Sobre su obra Vinculación (1995) [Tinta 28 x 35,6 cm], explica:

Un verano a principios de la década del 90, cuando fui a visitar Irán, mientras estaba sentada en la sala de estar de mi familia rodeada de objetos decorativos una vez más, comencé a copiar los patrones y pronto aparecieron tanto los textos como los patrones en mis fotos. Se convirtió en una especie de readaptación contemporánea de lo que creo que era auténticamente una tradición islámica y persa. (S. Neshat, s. f.)



Figura 14. Bonding
Shirin Neshat (Iranian, b. 1957)
Tinta sobre gelatina de plata
11x14 in (28x35.6 cm)
1995



Figura 15. Faezeh
 Shirin Neshat (Iranian, b. 1957)
 Impresión cromogénica con tinta
 13 1/5 x 10 1/2 pulgadas - 33,5 x 26,7 cm
 2008

Tomo a esta artista como un referente excepcional en mis obras. Al igual que ella hace una apropiación con los textos, yo la hago con los sellos. Inspirado en un sentido de pertenencia por mi tierra, padres y abuelos –que son mis raíces–, logro que estos insumos me sirvan como fundamento para iniciar a crear y relatar mi historia con un sentido artístico, pero sin dejar atrás mi origen ancestral y mi esencia familiar.

Elogio a la ruana del abuelo

Como era costumbre en aquellos tiempos. Lucir ruana y sombrero para verse elegante un caballero.

La ruana azul del abuelo, fue tejida por su esposa.

Materiales: Lana de oveja tizada hilada y teñida con lodo y Nogal, tejida en la guanga con chonta y qinchil, ruana que fue utilizada para los domingos a la misa ir y guardada luego en el viejo baúl.

Domingo a domingo se convertía en morral, para naranjas y chiros millar, y a sus ocho hijas quiere contentar.

También de alfombra en el campo estirar para el frío poder evitar. y las flores de chicoria quererlas soplar y las mariposas poder contemplar.

En las madrugadas sirvió para abrigar a quien lo acompañaba a la yunta cuidar. Así la faena querer continuar y los alimentos poder cultivar.

Ruana que sirvió de casa y del sol proteger. Cuando en las tardes saliendo a ordeñar sentadas en ella la espuma tomar, y leche fresca y caliente poder deleitar.

Cuando llega la tarde a querer descansar a sus hijas abraza alrededor del fogón, con la ruana las cubre y ternura les da, mientras reza el rosario con gran devoción.

Con la ruana al hombro a todo lugar compañera que nunca la pudo dejar se sentía seguro con ella al andar y de la lluvia poderse escampar.

Al pasar del tiempo y de tanto usar, y de cuánto abrigo podernos brindar, testiga de oración, abrazo y canción, envejece la ruana que no he de olvidar.

Inolvidable ruana de color azul con olor a humo ternura y amor. Recuerdo paterno y conmovedor caracterizaron a este gran señor.

Escrito por: Ana María Quiróz Mora

El ajuar de mi abuelo

En alguna ocasión, recuerdo que trajeron un baúl desde San Marcos a la casa de mis abuelos, en Pupiales. Era domingo y llegábamos de la misa. Como era costumbre, pasamos a visitar a mis abuelos. Desde hace un tiempo que mi abuelo padecía de demencia senil y por momentos se olvidaba de nombres, rostros y palabras, pero apuesto a que nunca pudo olvidarse de ese extraño baúl de madera oscura.

Tenía tres partes: el fondo; una especie de cajón que servía de división entre el fondo y la tapa y finalmente, la tapa curva que se cerraba sobre el cuerpo del baúl.

Mi madre me cuenta que en el fondo guardaba todos los documentos importantes, como las escrituras de la finca, un cuaderno de notas, las matrículas del agua y de la luz y

proyectos que se llevarían a cabo con los vecinos (linderos, etc.). En la parte superior, recuerdo que había un rosario, una fotografía, una linterna, un almanaque Bristol donde apuntaba las fechas de nacimiento de todas sus hijas con su puño y letra, y su infaltable navaja barbera.

Yo tenía unos diez años y, al ver el baúl, empecé a preguntar. No me aguanté las ganas de abrirlo y me escabullí en la habitación donde se guardaba. Mi abuelo, que me había visto desde la ventana, se dio cuenta. Entró y me encontró con las manos en la masa. Mientras salía corriendo pude ver cómo se enfurecía. No volvió a salir de la habitación, como si fuera un militar haciendo de centinela. Cuando ya nos íbamos, él ni siquiera salió a despedirnos. Aunque después seguimos volviendo a la casa, nunca más me atreví a abrirlo. De ahí en adelante, su asiento preferido fue ese baúl. Casi que no se sentaba en otro lugar. Mi curiosidad creció: ¿qué podría tener allí guardado que fuese tan importante?

Al morir mi abuelo, cuando yo tenía unos catorce años, trasladaron el baúl a la casa de mi tía Alodia, hermana de mi madre. Y no supe más hasta hace un par de años que volví a preguntar por él. Así me enteré de que el baúl contenía las posesiones más valiosas de mi abuelo, es decir, sus tesoros. Queriendo saber cuáles eran, pedí permiso para abrirlo. Estando ya frente al baúl, y justo antes de tocarlo, invoqué el nombre de mi abuelo para no molestarlo.

Lo que encontré allí se ha vuelto parte de mis tesoros. Y el lugar seguro de mi abuelo, es ahora también el mío.

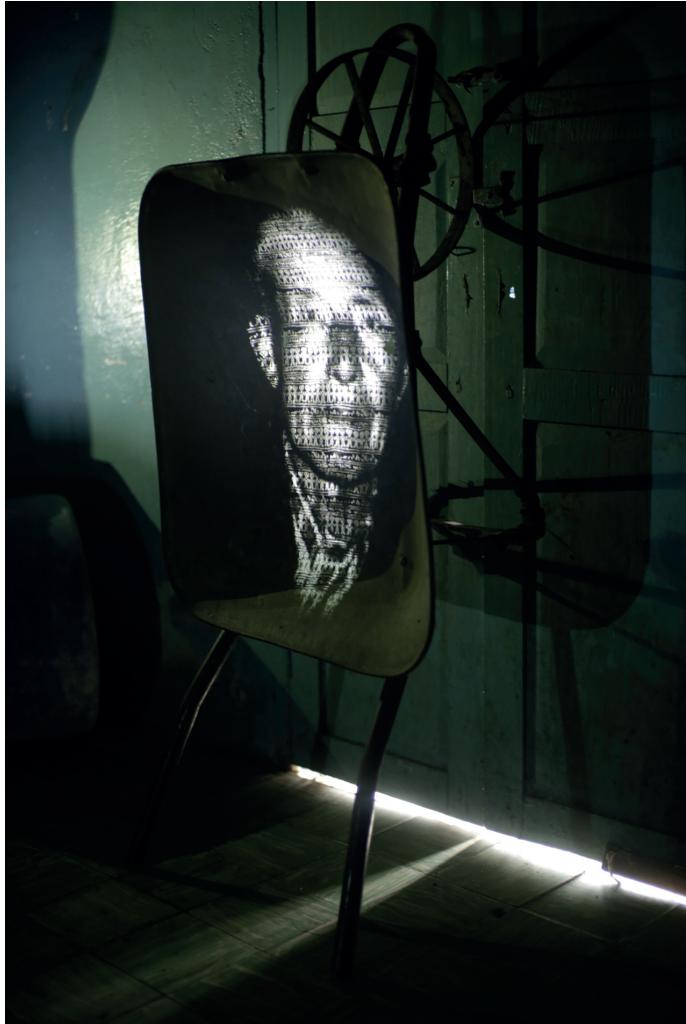


Figura 16. Plataforma San Marcos
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Foto instalación sobre carreta
Año:2021

El detonante de esta obra son los tesoros de mi abuelo y su manera de marcarlos. La carreta fue una de sus herramientas más importantes, porque lo acompañaba en sus labores agrícolas diariamente.

El resultado se obtuvo de la apropiación de la carreta y la adición de un retrato con superposición de sellos con la forma de personas de las sociedades prehispánicas. Esta digitalización de su retrato se proyectó con un *videobeam* sobre la carreta, logrando en mí un impacto emocional. La sensación me movió a invocar su nombre y, a través de esta obra, pude conectarme con él por un momento –a pesar de estar en distintos planos: yo en el terrenal y él en el que yo considero espiritual–.

Sensibilidades maternas

El álbum familiar (escrito por mi madre), la ruana (escrito por mi tía Ana María) y el fogón de leña (escrito por mi tía Bernarda) son mis tres herramientas para excavar. Y pasa algo muy especial: estos objetos hablan por sí solos sin necesidad de presentación. A través de las voces de mi familia se convierten en estos grandes textos sensibles: algunos en prosa y otros en verso; se vuelven poesía. Se nombran a sí mismos desde el recuerdo: el álbum familiar es “*un gran amigo*”, la ruana un “*elogio a la ruana del abuelo*” y el fogón de leña es “*la hoguera*”.

Así encuentro dos sensibilidades que heredé de mi madre y su familia: coleccionar y hablar con los objetos. Mi sensibilidad por coleccionar se expresa al conservar, clasificar y custodiar objetos con los que tengo afinidad y que he poseído antiguamente o han llegado a mis manos por casualidad,

y a los que decido vincularme por el resto de mi vida, así como mi abuelo y su gran ajuar.

Mi sensibilidad de hablar con los objetos se manifiesta en que hablo con ellos como si fueran mi más íntimo confidente. Son baúles que nunca revelarán los secretos que contienen. No es tan disparatado como parece: hablamos todo el tiempo con nuestras mascotas y con la naturaleza; es decir, buscamos compañía en seres o espíritus que no son humanos, sino que nosotros les atribuimos esa cualidad. Es un proceso que se asemeja a antropomorfizar objetos. Nicholas Epley explica que “históricamente, el antropomorfismo ha sido tratado como un signo de infantilismo o estupidez, pero en realidad es un subproducto natural de la tendencia que hace que los humanos sean excepcionalmente inteligentes en este planeta”. (Epley, 2019)

Yo no llego a imaginarlos realmente como figuras humanas, sino que siento que me escuchan y, entonces, les concedo unas virtudes. Soy capaz de hablar con ellos porque me entienden. Son capaces de conectarse conmigo porque cada uno tiene una carga energética diferente. En ese diálogo se potencia mi capacidad de introspección, y encuentro la respuesta a preguntas existenciales que de otra forma no habría resuelto.

Reliquias paternas

El viaje

Para mí el viaje es una satisfacción muy grande.

Al mismo tiempo es triste cuando tengo que despedirme de mi familia, ya que se sabe cuándo salgo, pero no se sabe cuándo regreso. Arreglo mi maleta de cuero de vaca. Coloco mis chanclas, mis implementos de aseo, tres camisas, tres pantalones, mi cobija y mi almohada. Prendo mi carro, me santiguo y arranco con la bendición de Dios para cualquier parte del país a entregar la carga y poder volver a cargar de regreso a casa.

Durante el viaje me encuentro con muchos compañeros. Nos pitamos como un saludo. Otras veces tomamos tinto, charlamos y contamos cualquier anécdota que nos sucede durante el viaje.

Ser camionero no es fácil ya que estamos expuestos a muchos peligros: accidentes, robos, atracos...

Aún así me gusta mi profesión. Viajar es conocer pueblos, ciudades, trochas, mares (hasta he pasado con el doble troqué cargado en el ferry), puertos marítimos, fábricas, bodegas de muchos productos, ingenios... Es recorrer mi país de frontera a frontera sin tener en cuenta el tiempo o la distancia.

En cualquier hora del viaje donde hay la posibilidad de bañarse, bajo la maleta para enjabonar la ropa y bañarme, y luego continúo el viaje hasta que mi cuerpo pueda descansar.

Viajar es disfrutar de todo tipo de paisajes a toda hora: amaneceres, atardeceres y anocheceres; valles, montañas, ríos, cañaduzales... y cómo no llevar en mi mente a mi compañera la línea del asfalto.

Viajar es intercambiar productos, monedas (bolívares, sucres, dólares y pesos) y dejar una novia en cada restaurante. Llevo más de 45 años viajando. Trabajo que realizo con mucha pasión y amor. Me siento orgulloso de ser camionero.

Entre los logros más grandes que pude conseguir con mi profesión están sacar adelante a mi familia y cumplir mi sueño de tener un Super Brigadier de marca Chevrolet, modelo 1989, de placas SVA 304 de Pupiales color rojo.

Este doble troqué es mi pasión porque responde a cualquier trote; anda igual que el Bolivariano”

Escrito por: Sigifredo Rosero Rosero

El partir

La sensación de separarse, desarraigarse, dejar algo es casi igual a la de perder. Es una sensación fuerte de incomparable dolor. Es sentirse sin fuerzas y con ganas de llorar. La soledad habita cada parte del ser. La mente empieza a maquinarse como un motor que sube sus revoluciones; te hace recordar, te teletransporta a cada momento vivido, a cada instante, a cada sonrisa, a cada rabia. Eso es lo que siento cada vez que dejo mi casa, mi hogar, mi cuarto, mi cama... que es donde están mis sueños.

Para despedirse se dice “hasta pronto”, que es como decir que volveré por eso que se queda. Eso es lo que digo cada vez que salgo de mi casa en Pupiales para emprender rumbo. Casi quiero olvidarme de ese momento, pero sé que con el transcurrir de los kilómetros recordaré las razones de la partida: me va a hacer mejor, me va a hacer más fuerte.

Dejar a mi madre, decirle “ya nos vemos”, emprender un nuevo rumbo. Quería saber qué se sentía y por eso lo hice. Quería recordar el momento en el que tenía por obligación volver. Mis ojos se ponen llorosos. Estas letras se vuelven personales. Este escrito se convierte en mi desahogo. Allí es donde nacen muchas de mis creaciones: de lo que siento, de lo que me mueve, de lo que esto detona en mí. El partir es el sentimiento por el cual he decidido crear.

Pienso en el río Mayo. Siempre que paso por allí en un bus y miro por la ventana, sé que me estoy yendo y que no regresaré en meses. Ese es el corte, la herida, el tajo preciso para que se rompan varios de los vínculos afectivos. También es cuando surge el raciocinio.

Para viajar es necesario irse de lo cotidiano. Es aventurarse a lo nuevo, a lo diferente. Es enfrentarse a la realidad de la vida, esa que te marca y te hace ser un poco más resistente.

Diario de un sensible viajero

El inicio de un diario es un ejercicio cotidiano de introspección y certifica la inmensa soledad de quien lo escribió. Y sí, eso es lo que soy hoy, un solitario sin remedio, porque por más que intento acercarme a los otros y entablar con ellos alguna relación duradera, no lo logro, no sé qué es lo que pasa conmigo. (M. Mendoza, 2002, p. 119)

Mayo 08

Es inevitable no extrañar a mi familia. De aquí nace pensar en lo cotidiano que se ha convertido una fotografía. Hay una gran diferencia entre el hoy y aquella época en la que me prohibían coger la cámara de rollo por temor a que gastara los disparos. El recuerdo es la apropiación del espacio y el tiempo en la realidad actual de cada uno. Es entonces cuando detona en mí esa fascinación por saber qué había detrás de esa cámara antigua. Las ganas de querer usarla y esa impotencia de no poder hacerlo. Esa curiosidad que nunca se termina, que sigue activa en mi cerebro y que, con el paso de los años, se mimetiza y se transforma en un deseo, un impulso fuerte, una construcción afectiva con ese objeto llamado cámara fotográfica. Pienso que somos seres constituidos por hechos y momentos vividos.

Mayo 09

Inicialmente concebí el viaje como un aprendizaje. Es algo a lo que he estado expuesto desde niño. Es una de las acciones más cotidianas en mi contexto familiar porque mi padre siempre salía de viaje por trabajo. Recuerdo que salir de viaje juntos era de las experiencias más conmovedoras porque él conocía todos los lugares. Lo que me impresionaba eran los tiempos que calculaba de un lugar a otro, eran exactos y precisos. Yo solo esperaba llegar al destino final, al hotel. Cuando íbamos a Cali los domingos nos encontrábamos con tíos, primos, hijos de primos... Las vacaciones para mí eran salir de viaje y acompañar a mi padre en su trabajo.

Mayo 10

Necesito viajar para sanar.

Hoy llueve en Popayán. “El cielo está roto”, murmura la gente a mi alrededor. Todos esperamos ansiosos que sea algo fugaz, pero se hace eterno. Las palmeras se agitan y las gotas caen con desespero. Se siente temor en el aire. Los rayos aparecen con sus luces esplendorosas y las luces del almacén de vez en cuando se apagan. Muchos estamos esperando y el frío se vuelve desesperante.

Aquí sentado vuelvo a recordar cómo era vivir y habitar este lugar. Cuántos días, cuántos años pasé aquí tratando de intentar ser alguien mejor. Todos estamos aquí por algo. Pero esta ciudad, así como me abrió las puertas, también me las cerró sin ninguna compasión. Estar acá me hace fuerte. Me hace ser ese ser humano que algún día soñaba ser: ese que quiere ser feliz.

Mayo 11

He renunciado temporalmente al calor de mi hogar en Pupiales. Renuncio a lo conocido y quiero enfrentarme a eso que no conozco. Renuncio a la comodidad de mi cama y a los cariños de mi tías, primos y amigos. Renuncio a querer estar aquí en mi casa. Renuncio a las alcahueterías de mi padre y a los abrazos de mi madre.

Mi cambio no se va a dar acostado en el frío de mi habitación. Puede que estas acciones radicales no sean la respuesta definitiva hacia un despertar, pero ayudan. Tal vez estas ayudas están ahí para personas como yo que necesitamos experiencias complicadas, una sacudida, para lograr pensar diferente e intuir las razones de nuestros sentimientos. Después de que pase podré volver, para ser feliz donde quiero ser feliz.

Mayo 12

El viaje representa una gran fuente de conocimiento y enriquecimiento. Viajar tiene una estrecha relación con el acto creativo. Al analizarlo, reconocemos la importancia que tiene en la educación de la mirada.

Mayo 13

Una investigación examina las experiencias de diferentes artistas que, gracias a los viajes, han cambiado su forma de percibir los colores –la luz– y han enriquecido su arte con nuevos temas. En concreto, se analiza la importancia de la creación de los diarios de viaje. El estudio toma en consideración artistas de diferentes sitios y épocas, desde el siglo XIX hasta la actualidad.

Mayo 14

Ante todo, el viaje se basa en la curiosidad. De hecho, en la base de todas las formas de conocimiento, aprendizaje, trabajo científico e investigación está la curiosidad. Y el viaje, estimulándose, se transforma él mismo en un instrumento de conocimiento.

Mayo 15

Cada viaje es una pequeña muerte, porque al viajar, morimos para que la experiencia viajera renazca nuevamente en nosotros. Por eso, no somos los mismos cuando partimos, ni cuando volvemos. Cada viaje es un ritual, porque, sin saberlo, nos adentra a mundos desconocidos.

Viajar es la única manera de replantear la rutina, los espacios conocidos, la gente de siempre, las obligaciones cotidianas y, en especial, los lugares que amamos. Una persona necesariamente deja de ser lo que era para convertirse en otro.

Mayo 16

El viaje permite vivir el presente y apreciar cada momento. Esta es, quizás, una de las características más interesantes del acto de viajar: se vive cada momento y no solo aquellos excepcionales. De aquí nace la necesidad del viajero de fijar sus reflexiones en un diario.

Mayo 17

Mirando las obras de otros artistas podemos comprender detalles maravillosos en lugares que antes considerábamos poco interesantes: "Los artistas pintan un trozo de mundo y abren así los ojos a otros para que puedan mirarlo mejor". (A de. Botton, 2002, p. 185)

Sensibilidades paternas

Mi padre es conductor de camiones: un viajero al timón. Siempre ha mirado hacia el horizonte –el eterno caleidoscopio–. Recorre miles de kilómetros con el firme propósito de volver vivo para darnos un abrazo. Y además de conductor, es un fotógrafo estupendo. Después de mucho tiempo de escuchar tantas historias, fue con una de sus fotografías que descubrí mi pasión por la composición de imágenes instantáneas. Tal vez la herencia que viene en nuestro código genético tenga algo que ver, como sugiere Mario Mendoza en su libro *Relato de un asesino* (2001).

Así podría explicar este amor que siento por capturar instantes, minutos y segundos con un disparo antes de que se pierdan en la inmensidad. Eso es una fotografía. Y ni siquiera lo valoramos ni logramos percibir en toda su dimensión, porque estamos condicionados a vivir en el ahora y no pensamos que una captura, en cierta medida, se convierte en un archivo para el baúl de la memoria, como el que tenía mi abuelo.

En una de mis indagaciones, logré descubrir que una de las instantáneas de mi padre fue tomada en el puerto marítimo de Buenaventura hace muchos años. Imaginé que fue su destino tras haber recorrido kilómetros que se convirtieron en días y noches. Y que, como haría cualquier viajante apasionado, quiso inmortalizar ese momento con una fotografía.

Para muchos debió ser algo insignificante, pero a mi padre le permitió comprimir todos los sentimientos de haber coronado una travesía más. Todas esas imágenes me revelan a un ser sensible, apasionado por lo cotidiano y con mucha intuición para el enfoque y composición de imágenes. Yo me reconozco en él.

Susan Sontag (1933 - 2004), en su libro *Sobre la fotografía* (2001), describe la fuerza e importancia de la fotografía. La misma que en su momento mi padre intuyó a partir de su admiración por ella. Sontag fue escritora, directora de cine, guionista y profesora. Es considerada una de las intelectuales más influyentes en la cultura estadounidense de las últimas décadas. Su texto se convierte en la pauta que me permite darle concepto, validez y fundamento al proceso creativo llevado a través de la fotografía.

Según Sontag, “una fotografía no es el mero resultado del encuentro entre un acontecimiento y un fotógrafo; hacer imágenes es un acontecimiento en sí mismo”. (2001, p. 26) Puedo confirmar que es así cuando las imágenes que se tomaron hace tanto tiempo me transportan a lugares y momentos remotos. Es un constante vaivén de información que me lleva a producir e intervenir diariamente mis acciones creativas. De esto surge siempre una pregunta a la que intento responder, a veces sin éxito, pero con un nuevo pensamiento.

Se trata de mi fuente de información, una biblioteca de imágenes que más adelante transformo con la marca y sello.

El impacto de la fotografía es tal que las imágenes ejercen una autoridad –virtualmente ilimitada– en la sociedad actual, incluso usurpando la realidad. No se trata simplemente de imágenes, en el sentido de pinturas, sino de interpretaciones de lo real: un vestigio como un rastro directo, es decir, una huella o máscara mortuoria.

“La fotografía es una forma de conocimiento que se basa en la apariencia y en la representación de la realidad visual, y que puede ser utilizada para transmitir mensajes y emociones a través de la imagen”, dice Sontag (2001, p.26).

La autora reflexiona sobre los diferentes elementos que componen la fotografía y cómo estos interactúan para crear una imagen que causa un impacto en el espectador. Uno de los elementos más importantes es la luz. La luz es capturada y atraída por la cámara para crear la imagen. Si bien podría capturarse instantáneamente, cuando se tienen en cuenta los otros elementos, se añade un valor más relevante a la composición. A esta consideración se le llama componer la fotografía.

Componer no es solo aplicar reglas estéticas (como la simetría, la regla de tercios o la búsqueda de puntos de oro), es también la intención con la que se manipulan los elementos para crear una sensación de equilibrio, armonía o tensión. Es una forma de pensamiento creativo que implica la búsqueda de conceptos y la superposición de elementos para crear algo novedoso y poético.

Al superponer elementos prehispánicos (como el rastro de los sellos) sobre las fotografías se crea una nueva narrativa visual que conecta la ancestralidad con la actualidad. Este proceso de superposición es una forma de composición que implica la búsqueda de elementos complementarios que aporten nuevos significados a la imagen.

Otros elementos visuales que se consideran al componer son el color, la textura, los textos, los sellos y otras intervenciones para marcar el pasado (como una rasgadura sobre el papel). Con estos insumos se busca crear una imagen que cause un impacto emocional y estético en el espectador.

La fotografía no solo transmite mensajes y evoca emociones, también puede dejar nuestra memoria marcada con una realidad pasada que se resiste a desaparecer.

Excavar en mi tierra

Soy nariñense, hijo de los guardianes del cinturón de fuego que rodea a este hermoso departamento. Habitar este territorio nos hace ser diferentes: actuar y hablar de una manera particular. Al frío le decimos “achichay”, a los consentidos, “aguaguados” y a los enfermos, “achacosos”. Es algo que viene con nosotros, como si fuera otra vena que recorre nuestro cuerpo. Como decía mi abuelo “no en vano se nace a las faldas de un volcán”.

Llegar a Nariño es como penetrar en un túnel de montañas. Tan pronto te adentras, te abraza y, cuando menos lo piensas, estás arropado por un tapiz de retazos verdes. Hay muchos páramos y volcanes, y por el oeste se llega a la costa del océano Pacífico. También es hogar del Carnaval de Negros y Blancos, una fiesta que deja volar la ilusión, la fantasía y el color, que toma forma en las manos de artesanos apasionados, y que da vida a personajes que derrochan ímpetu, alegría y felicidad.

Bajando la mirada por el horizonte, a la vuelta de una curva, aparece en un destello la “ciudad sorpresa”. Pasto acaricia las faldas del volcán Galeras. Vívidos murales decoran las paredes de los edificios, mientras que en las

bancas de los parques se fuman cigarrillos. Al pasar por las calles se ve gente tomando café, leyendo libros y charlando.

A una hora y cuarenta minutos en dirección sur está la gran ciudad de Ipiales, la “ciudad de las nubes verdes”, la última frontera con Ecuador. Tres grandes volcanes la custodian: Azufral, Chiles y Cumbal. Aquí se edificó una iglesia hermosa e imponente de gran renombre: Las Lajas. Una construcción neogótica edificada al filo de un abismo sobre el río Guaitara.

Pupiales está a unos seis kilómetros de Ipiales y se dice que algún día –no muy lejano– podría llegar a convertirse en uno de sus barrios. Aquí el frío pega duro: es normal vestir ruana de lana, doble par de medias y una buena chaqueta. Es un pueblo grande: tiene 29 veredas y un corregimiento. Los domingos suena una algarabía acogedora en la plaza de mercado. La gente se reúne en los días de descanso. Los aromas de un delicioso hornado, ollucos con cebolla, habas cocinadas con queso y el infaltable cuy asado inundan las calles. Hay pocas casas antiguas, pero están muy bien cuidadas. La modernización llega con afán: cada vez son más los edificios, apartamentos y fincas. En el pueblo hay tres parques, dos templos y tres colegios. Aquí la gente se dedica a la ganadería, la agricultura y al transporte terrestre.

Conexión...

La conexión que tengo con mi territorio se parece a la de mis antepasados con la papa. También lo relaciono con la obra del pintor, escultor y muralista colombiano oriundo de Bolívar, Cauca, Augusto Rivera Garcés (1922 - 1982).

Uno de los problemas centrales de Rivera fue su pregunta sobre la creación. Se evidencia en la correlación entre el trazo de su línea y el autorreconocimiento, la oralidad, sus relaciones cognitivas y emocionales



Figura 17. Mujer y su duende
Augusto Rivera Garcés
Óleo sobre tela
50 x 140 cm

con las mitologías particulares de su pueblo y las diversas técnicas con las que experimentó durante toda su vida.

Rivera consideraba la técnica como un recurso que le permitía cuestionar sobre cómo crear. En sus dibujos es evidente la majestuosidad del trazo de la línea, convirtiéndola en algo personal que lo diferenciaba de sus contemporáneos. Siendo de ascendencia indígena, se interesó por indagar en los singulares contextos de nuestras culturas ancestrales, hasta entonces ignoradas.

Con esto en mente, me acerco a uno de los mitos de origen de la papa.

El Origen

Cuenta una vieja leyenda andina que los hombres cultivadores de la quinua dominaron durante muchos años a los pueblos de las tierras altas y, a fin de dejarlos morir lentamente, les fueron disminuyendo la ración de alimentos para ellos y sus hijos. Ya al borde de la muerte los pobres clamaron al cielo y Dios les entregó unas semillas carnosas y redondeadas, las cuales, después de sembradas, se convirtieron en hermosas matas que

tiñeron de morado las gélidas punas con sus flores. Los dominadores no se opusieron al cultivo, con la mañosa esperanza de cosechar todo para ellos, llegada la oportunidad. En efecto, cuando las plantas se amarillaron y los frutos parecieron maduros, los opresores segaron los campos y se llevaron todo lo que juzgaron era una óptima cosecha. Desconsolados y moribundos de hambre, los vencidos pidieron otra vez clemencia al cielo y una voz les dijo desde las alturas: “Remuevan la tierra y saquen los frutos, que allí los he escondido para burlar a los hombres malos y enaltecer a los buenos”. Y así fue, debajo del suelo estaban las hermosas papas, que fueron recogidas y guardadas en estricto secreto. Cada mañana, los hombres de las punas añadieron a su dieta empobrecida una porción de papas y pronto se restablecieron, cobraron fuerzas y atacaron a los invasores que, viéndose vencidos, huyeron para no regresar jamás a perturbar la paz de las montañas. (C. Graves, 2006, p. 63)

La papa es el cultivo principal en la región y es un regalo valioso que los dioses hicieron a los primeros habitantes de estas tierras andinas, son alimento diario: en el desayuno se preparan fritas, en el almuerzo, cocidas y en la noche se acompañan con queso.

Para cultivar y cosechar papa hay que excavar. Primero se abre un hueco en tierra fértil, luego se siembran las semillas –que son las mismas papas– y se tapan con la tierra nuevamente. Después, se espera unos meses hasta que se haga un nido de papas, que es el tesoro anhelado del campesino ya que estas se pueden cocinar de mil formas, pueden durar muchos días sin podrirse y tienen un sabor muy similar a la tierra, que no tienen los otros alimentos. Además, resisten climas agrestes y no las afectan la mayoría de las plagas. La tierra las protege y las guarda, como a los tesoros de antaño que sobrevivieron enterrados. Los nariñenses hemos hecho de la papa nuestro alimento predilecto, y nunca falta en los hogares, sobre todo de los pueblos.

En el pueblo, los días transcurren, pero las horas pasan lentas porque siempre hay buena compañía. Si se compra pan donde el vecino es de mala educación no tener una pequeña charla. Es normal que pregunten: “Ya ha llegado mijito, ¿cómo le fue?”. Los amigos dirán: “¿Qué dice, panita?, ¿cuándo llegaste?”; y la familia, “¿Qué dice, mijo?. Dios lo bendiga. ¡Venga!, tómese un cafecito”.



Figura 18. Serie Raíces de fuego
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Intervención fotográfica
Año: 2020

Yo soy de pueblo, la mayor parte del tiempo estaba solo y desprotegido; trabajaba con la tierra, me ensuciaba y utilizaba la misma ropa al otro día. Si me caía debería poder “levantarme sin llorar, porque el regaño era más fuerte que el dolor”. Debía ser piloso y astuto para poder enfrentarme al mundo sin peros, con fijación y determinación, teniendo una mirada firme y fija hacia el horizonte. Estas son cosas que me aferran a mi lugar de enunciación, al que nunca podré renunciar. Soy de Pupiales y me siento orgulloso de serlo. Soy pupialeño por la gente, por mis antepasados, por mi familia y por cada momento vivido en este lugar.



Raíces de fuego es una serie fotográfica dedicada a las manos que excavan la tierra, que siembran la papa, que me han enseñado a sentir amor por la siembra, la cosecha y el trabajo.

Sebastian Anzola, en su libro *Uno hace la finca y la finca lo hace a uno* (2017), habla de este acontecer diario. Explica que sembrar y trabajar la tierra deja huellas en las manos.

Figura 19. Serie Raíces de fuego
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Intervención fotográfica
Año: 2020

Para profundizar en esta idea quiero demostrar cómo las huellas dadas por el tiempo en la acción del trabajo arduo y diario es capaz de mostrarse haciendo unas hendiduras en sus manos. Anzola nos dice:

En una conversación mientras íbamos en una chiva para Sucre, Aníbal Vega me dijo que al campesino se le conoce en las manos y en seguida abrió su mano izquierda para enseñarme cómo había sido su vida. Sandra Ijají cuando saluda de mano a una persona siente con atención el roce de la piel para saber si ha trabajado o no. Los cortes, las manchas, las quemaduras, las uñas partidas, las cicatrices, las picaduras y los cayos dan cuenta del trabajo diario, del roce cotidiano con el monte, con la tierra, con la candela del fogón y con las herramientas; de ese trabajo que va formando sutilmente todo el cuerpo. (p. 10)

De la ciudad, en cambio, no puedo decir lo mismo. Allá lejos, desapartado de la realidad, simplemente se es una pulga que cualquier persona puede pisotear. La gran ciudad es un monstruo que abre su gigante boca todo el tiempo para intentar tragarme y hacerme parte de su cena diaria. Uno se vuelve un individuo solitario que tiene que luchar a puños y patadas contra cosas que no quiere. No hay prudencia ni pudor.

Cuando voy al pueblo soy un ser nuevo y diferente:

soy un muchacho de pueblo.

De excursión por San Marcos

Vamos a iniciar un recorrido desde Pupiales hasta la vereda San Marcos.

Decidí vivir un día siguiendo la rutina de mi abuelo materno, Nectario Quiróz. Madrugué al alba, pues mi abuelo decía que el día debe empezar temprano, antes de que salga la luz del sol. Cada minuto es valioso y continuar durmiendo no es una opción. Los trabajos del campo no dan espera. La leche hay que sacarla todos los días sin excepción, pues el ganado no tiene fines de semana ni festivos, y no perdona lluvia ni tempestad.

Siento el frío que muchas veces sintieron las personas que me anteceden en mi árbol genealógico. Es hielo cortante, ese que irrita y quema la piel, pero también enrojece las mejillas como rubor natural.

Una vez listo, subo al carro e inicio el viaje por los caminos que se recorrían antes a caballo. En dieciocho minutos llego al bonito corregimiento de Tatambud, hoy Jose María Hernández.

Es un pueblito bastante pequeño. Tiene dos calles principales, un parque, un estadio y una iglesia. Es muy acogedor y todo el mundo se conoce. Cuando se busca a alguien, solo se necesita preguntar por el nombre o, preferiblemente, por el apodo y cualquier persona lo reconocerá de inmediato. Cualquier cosa que pasa aquí es un suceso. Aquí vivió y creció mi padre y la mayoría del pueblo es mi familia.

Mi padre vivió en una casa muy humilde. Es una casa de adobe, teja y piso de tierra. En el cuarto principal dormía él con todos sus hermanos y hermanas.

Cuando mi padre aún era niño, había un Telecom a pocos metros de la plaza principal. Cuando alguien llamaba, tocaba ir a buscar al requerido a la casa, y la persona tenía que desplazarse hasta ese sitio para poder contestar la llamada. A mi padre le pagaban diez centavos por ir a dar el recado. Y antes

de eso hacía lo mismo con los telegramas y cartas. Su función era la misma: entregarlas a su destinatario. Entonces solo tenía seis años, no iba a la escuela y aún no podía leer ni escribir. Colocaba las cartas entre los dedos –le alcanzaban cuatro en cada mano– y se aprendía de memoria el nombre del destinatario. Eventualmente, se le olvidaba algún nombre, pero, cuando esto pasaba, le pedía el favor a alguien para que le volviera a leer la información. Yo a mis seis años solo pensaba en jugar.

Mi abuela Erlinda Rosero Yépez fue una mujer honesta, católica y dedicada a su esposo e hijos. Fue negociante de especies menores (cuyes, gallinas, cerdos, etc.). Estos animales se vendían en el mercado de Ipiales, así que debía madrugar a las dos de la mañana para poder irse en las chivas que la transportaban. Los sábados siempre llevaba a dos de sus hijos para que la acompañaran. Le tocaba cargar todo a la espalda y los tramos eran muy largos. Como eran bastantes hijos, se turnaban para acompañarla. Cada fin de semana, a los dos afortunados, les gastaba caldo de pata y un café por la mañana, por eso se peleaban por ir con ella. Dado que nunca salían del corregimiento, esas salidas eran acontecimientos importantes, especialmente porque tenían la oportunidad de comer platos diferentes. Para ellos, la mayor recompensa era la comida. Cuando mi abuela terminaba sus ventas, las ganancias las destinaba en comprar todo lo necesario para sus once hijos: útiles escolares, algo de ropa y medicamentos de ser necesario. Todo de forma limitada, pues el dinero tendría que rendir toda la semana. Así como salía, regresaba cargada de frutas y alimentos, y dos hijos más la esperaban ansiosos en la estación del pueblo. Cada sábado en la tarde su llegada era sinónimo de felicidad. La casa se llenaba de alegría, se escuchaban risas y anécdotas.

Hoy esa misma casa, en manos ajenas, está desolada. De esa casa con tantos habitantes, llena de vida, risas, juegos, peleas entre hermanos y castigos, ahora no quedan sino paredes y tejas que poco a poco se desmoronan. La habitación principal en la actualidad es una bodega donde se guardan semillas de papa.

La casa de los abuelos

La casa de mis abuelos maternos es mi inspiración porque es solitaria. Solo se escucha el frío y el soplar del viento. Pero basta el calor de un fogón de leña para llenarla. Es donde los problemas culminan. Donde solo quieres entregarte a la hierba, sacarte los zapatos, respirar fuerte y acostarte al lado de un montón de tierra. Al abrir las puertas, te recibe con ese olor antiguo, a guardado, a madera vieja... a veces a polvo. Sabes que en cada una de esas habitaciones puedes encontrarte contigo, saber que estás allí vivo, que la sangre recorre tu cuerpo, que tus músculos se relajan. Ella, la casa, es capaz de demostrarte que puede albergarte y abrazarte. Las abejas vuelan por todo el espacio y encuentran aquí un lugar seguro en la esquina del soberado de la cocina. Las miro con temor, pero su vuelo hace que me sienta vivo.

Aquí estoy leyendo un libro titulado *El largo instante de la percepción en Colombia* (2005), de Miguel Antonio Huertas Sánchez, que dice:

Ni los impresionistas inventaron la luz, ni Mondrian la geometría, ni los cubistas la superficie. El arte moderno, como señala Quetglas, a diferencia de otras manifestaciones que incluyen, es inclusivo: los ismos del siglo XX prolongaron sus raíces hacia el pasado incluso hasta el arte primitivo insistiendo en que el arte siempre es lo mismo, lo que cambia es la manera como se manifiesta en lo concreto de una época. (p. 15)

Estos son los textos que me ponen a pensar. Huertas dice que el arte ya está hecho. Alberto también lo decía con sus vivoditos.

El arte vivo es la aventura de lo real. El artista enseñará a ver no con el cuadro sino con el dedo. Enseñará a ver nuevamente aquello que sucede

en la calle. El arte vivo busca el objeto pero al objeto encontrado lo deja en su lugar, no lo transforma, no lo mejora, no lo lleva a la galería de arte. El arte vivo es contemplación y comunicación directa. Quiere terminar con la premeditación que significa galería y muestra. Debemos meternos en contacto directo con los elementos vivos de nuestra realidad. Movimiento, tiempo, gente, conversaciones, olores, rumores, lugares y situaciones. (A. Greco, s.f.)

Él creía que el arte ya existía, que solo había que sacarlo y, con una tiza, hacerle un círculo. Qué mejor expresión del arte que un beso o una pareja de abuelitos cogidos de la mano o un accidente con todo su dolor.

La creación viene de la mano con la observación, y estos dos amplios conceptos dan la posibilidad de crear. ¿Puedo hacer creación en San Marcos? La sensibilidad aflora en ese sitio. La soledad es muy buena compañera. Sentirse alejado del mundo y pensar en que estás en un escondite.

Mi abuelo dividió los terrenos de las escrituras con nombres bastante particulares: el terreno de la parte nororiental se llama Plataforma San Marcos; la parte sur, después de la loma, se llama La Silla; a la casa la llamó el Escondite; Guanamal al sur; a la entrada, Ciprés (un tipo de árbol); y, por último, el oriente se llama San Marcos. nombres de la mayoría de mis obras.

La casa es un verdadero escondite. El vecino más cercano a la finca está como a un kilómetro. Se siente paz, tranquilidad y mucha somnolencia. Al caer la tarde, empieza a ponerse todo tenue, todo cobra un sentido diferente: la casa empieza a tener un poder bastante fuerte sobre sus habitantes. Se la siente viejita. Se siente que tiene historia. Se siente el tiempo. No suena, pero su oscuridad genera algo de miedo. No se escucha absolutamente nada, solo el rugir del viento contra los árboles grandes y frondosos. Con lo único que se puede contrastar este sentimiento es con la luz y, a veces, con mucho fuego y leña. Parece que hasta el fogón hablara.

Pienso en Jean Dubuffet (1901 - 1985), pintor y escultor francés de la segunda mitad del siglo XX. Un artista que elaboró un lenguaje pictórico sobre sus obras de papel. Desarrolló una serie de ensayos que pretendían captar instantes de pensamiento bajo el supuesto de que la memoria visual es más vívida que la memoria puramente cognitiva.

Dubuffet es un referente vital para mi obra plástica. Me identifico con su manera de intervenir, expresar y albergar el sentido único, personal y ancestral de los sellos, su huella y el método invasivo de producción que resulta de ellos. Rasgos que se hicieron particularmente evidentes cuando Jean quiso guardar su gabinete logo lógico en su obra *Closerie Falbala*.



Figura 20. Closerie Falbala
Jean Dubuffet
Construcción e intervención estructural
1971 a 1973

Su obra logra un encuentro entre el espectador y el artista, volviéndola monumental para que las personas que lo visiten tengan una experiencia inolvidable.

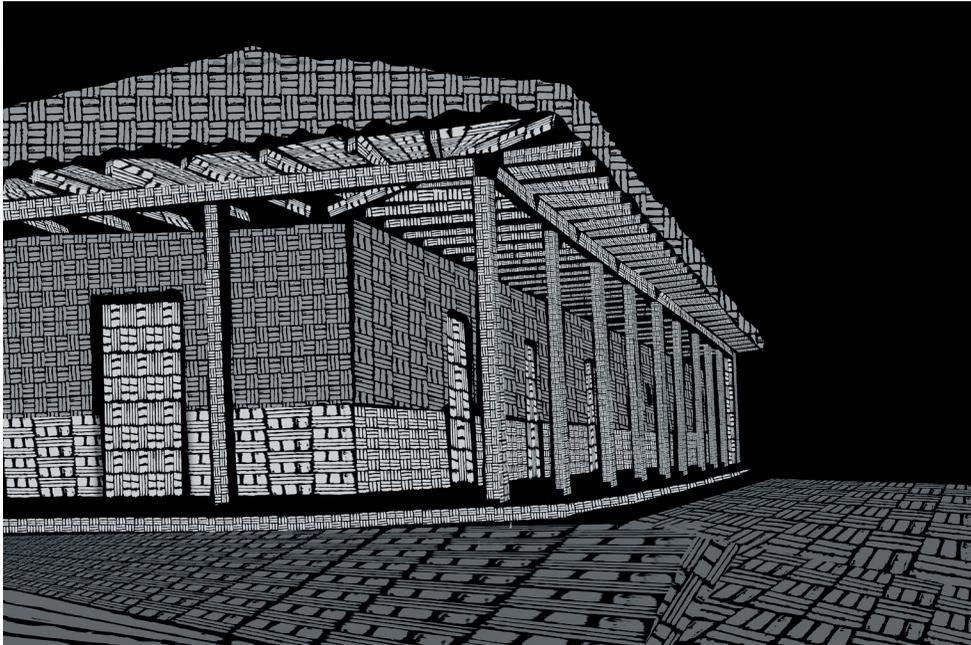


Figura 21. Dibujo San Marcos
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Dibujo con sellos
Año: 2022

En *Escondite 4* continúa mi fascinación por la posibilidad de superponer imágenes mediante la luz, encontrando una manera sutil de dejar huella en aquello que me conmueve –de hacer evidente los sellos de mi cultura que están detrás de todo aquello que me rodea–. En este caso, hice un dibujo con sellos, que después se proyecté sobre la casa. La casa queda totalmente intervenida, y entonces es cuando tomo la fotografía.

Los tiempos de proyección son muy cortos, normalmente al atardecer. En San Marcos sucede antes de las seis de la tarde, pero solo podemos trabajar durante media hora, porque la noche cae bastante ligera y después el negro se apodera del espacio y no puedo volver a trabajar hasta el alba.



Figura 22. Dibujo San Marcos
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Fotografía y proyección estructural
Año: 2022

Cuando excavo en mi territorio, los tesoros que encuentro tienen relación con mis ancestros prehispánicos. Piezas arqueológicas con las que he tenido contacto desde niño y me han acompañado en el transcurso de mi vida. Cada vez que intento indagar por algo nuevo que me interesa, aparecen como un destello de luz para aportar fuerza a mis conceptos. Esos tesoros, como la papa, los encuentro debajo de la tierra, en lo más profundo. Una abuela un día

me dijo que, en Nariño, el cordón umbilical se entierra en la tulpa para que nunca se olviden las raíces. Sé que lo que busco siempre estará enterrado en mi tierra.

Desde niño siempre he sido muy curioso. Mis juegos siempre han sido aventuras. Cuando miraba algo que me llamaba mucho la atención, me quedaba intentando descifrarlo. De aquello que miraba hacía un nuevo juego. Recuerdo que la retroexcavadora era una máquina que me llamaba mucho la atención por su enorme tamaño. Yo le atribuía superpoderes. Saber que era manipulada por mi tío, que era alguien cercano a mí, me daba la confianza de creer que esos poderes de alguna manera tendrían que ver conmigo.

Después mirar con qué fuerza ella era capaz de hacer huecos, de cavar y de tumbar todo lo que se le atravesaba a su paso, me cautivó por completo. Cuando la vi trabajar, me di cuenta de que podía sustraer objetos del fondo de la tierra. Objetos que llenaban costales y que la gente se llevaba para sus casas. Mis amigos y yo tratábamos de recrearlo, intentando hacer el trabajo de la máquina con nuestras pequeñas manos. Me pasaba horas y horas diciéndoles a mis compañeros que, si cavábamos un poco más, encontraríamos tesoros.

Mis amigos me cuentan que yo siempre inventaba juegos así, como esperar a que cayera la noche mientras, acostados en la tabla del trompo¹, dábamos vueltas mirando al firmamento. Esto me hace pensar que desde niño he aprendido a llenarme de emociones fuertes, y que de alguna manera transformo en algo nuevo los cambios o eventos que afectan mi vida.

Tenía una pequeña amiga de mi edad, con la que jugaba mucho. Ella vivía en una casa gigante y tenía muchos juguetes. Me llamaban particularmente la atención unas decoraciones que estaban en la sala de la casa. Eran unos

2 Trompo: Juego giratorio, tradicional que se ubican en parques públicos.

muñequitos como de barro que yo creía que eran juguetes también. En una de nuestras aventuras, uno de los muñecos se cayó y se partió. Para que no nos regañaran, lo metimos en una bolsa y lo botamos a la basura sin que sus abuelos se dieran cuenta.

Ya de adolescente, los mismos muñecos aparecen de nuevo en el colegio camuflados en una materia llamada Investigación, y es allí cuando todos mis recuerdos se confabulan y empiezo a estudiar sobre esto. Aprendí que no eran juguetes, sino que eran parte de lo que ahora llamo mis raíces ancestrales. Conocí gran parte de la historia de estos objetos, que llamamos infieles, y no paré de encontrarme con ellos en todos lados. En Pupiales, la gente los guarda como recuerdos o decoración.

En algún momento escuché una historia en la que a un señor le habían pagado una deuda con un infiel de aproximadamente un metro de alto. La esposa lo describió como un personaje que estaba sentado en un banco y, en medio de las manos, tenía una olleta. En las orejas tenía unos grandes aretes y, en la nariz, una joya. No se sabe qué tipo de joya era porque el señor se la quitó para venderla en una joyería. Ella decía que, después de que le quitaron la joya, no pudo volver a dormir bien en la misma casa. Por eso afirmaba que: “esas cosas tienen poder”. Un día le dijo al esposo que se deshiciera de ese objeto de inmediato, porque ya no aguantaba más, así que él la cubrió con una tela negra y se la llevó, y no volvieron a saber de ella.

Ya en la universidad, no dejé de investigarlas. Las clases de culturas precolombinas eran mis favoritas. Ahora sé lo que valen, sé cuánto cuesta tenerlas y sé que por ellas estoy aquí. Son la muestra de que alguien cercano a mí existió. Sé que son únicas, que tienen poder, que me hablan y hacen parte de mí.

Daniela Castellanos en su texto de Vasijas envidiosas de agua buena explica que: “[...]entonces es impensable tomar la vasija o al alfarero por separado, como entidades discretas o mundos analíticos aparte.” (L. A. Suárez Guava, 2019, p. 67)

Pieza y alfarero son uno. Se confabulan entre sí para llegar al momento de la creación. pues los alfareros precolombinos hablaban con sus piezas. creo que de igual manera los artistas contemporáneos tratamos de hablar con lo que hacemos.

Mariana

Tengo en mis manos una pequeña pieza prehispánica que en algún momento mi madre llevó a la casa. La historia de cómo la obtuvo es así:

Un día, un profesor de la Institución Educativa Los Héroes, de Jose María Hernández, tuvo la idea de hacer una reconstrucción histórica del colegio, con el objetivo principal de crear una exposición o exhibición de piezas antiguas. Cada estudiante debía llevar algún objeto familiar que fuese antiguo para ayudar a reconstruir la historia. Todos los estudiantes llevaron fotografías, cuadros religiosos y lo más sorprendente, es que llevaron muchas piezas prehispánicas.

Uno de los estudiantes llevó esta pieza, que ahora está en mi poder. Supongo que fue uno de esos estudiantes despistados iguales a mí que no le hallaba valor ni sentido. Al finalizar el año, se les dijo a los estudiantes que recogieran las cosas que habían llevado. Nunca se llevaron ésta pieza. No se conocía al propietario porque no les dio el tiempo para datar de quién era cada cosa, pero de todas maneras nadie la reclamó.

Mi madre la adoptó y la llevó a casa. Me la indicó diciendo: “mira, ¿esto te sirve?”. Desde ese momento me encariñe tanto con ella que ahora es mi

amuleto. Ya la considero de mi propiedad, porque tiene una carga energética tan grande que solo ella y yo sabemos describirla.

Cuando llegó a mí, por algún motivo, tenía una fisura en uno de sus brazos. Es decir, estaba rota: tenía un bracito partido. Cuando viajé a Popayán después de unas vacaciones, hablé con mi profesor de historia del arte de la universidad y le dije que tenía esta pieza. Él me dijo que le gustaría verla en persona. Entonces, le pedí el favor a mi madre que me la enviara, y ella recurrió a mi padre, que entonces trabajaba en una empresa de transporte de pasajeros y viajaba todos los días al terminal de Ipiales.

Mi padre se dio cuenta de que la pieza estaba partida, que su bracito estaba fragmentado y en su ánimo de ayudar, decidió pegarle el bracito porque no quería que se mirara fea.

Cuando la pieza llegó, yo estaba muy emocionado porque volvía a estar cerca de ella. Tengo afinidad con ella y le hablo todo el tiempo como a una amiga que sabe muchos secretos. Después de recogerla había quedado de mostrársela a mi profesor, así que llegué a casa y la desempaqué. Ahí fue cuando me llevé la sorpresa: mi pieza prehispánica tenía el brazo pegado con *durita*². Lo primero que hice fue llamar furioso a mi padre y acusarlo de haber cometido semejante sacrilegio con mi pieza. Él, de la forma más linda y sutil, y obviamente sintiéndose muy mal porque le hablé fuerte, solo me dijo: “mijo, lo hice porque estaba rota y no quería que el bracito se siguiera partiendo en el camino”.

Luego me encontré con mi profesor. Le conté lo que había pasado, lo que había hecho mi padre, antes de mostrarla, su respuesta fue que, si la pieza estaba así, prefería no verla. Decidí entonces no mostrarla y hacer de cuenta que nada pasó.

3 Pegamento de secado rápido.

En algún momento de mi carrera hablé con el director del programa de Antropología de mi universidad. Salió el tema de la pieza prehispánica que tenía en mi poder y le conté lo que había sucedido. Él, con una sonrisa, me dijo: “Eso suele pasar. Problemas, chico, problemas”. Aún así, quiso mirarla. Después de examinarla por unos minutos me dijo que le parecía muy bonito que yo tuviera ese sentimiento tan afín con ella y me recomendó que la cuidara mucho. También me explicó que por el problema del pegante no la podía donarla para que hiciera parte de algún tipo de exposición. No era algo que yo quisiera de todas formas.

Desde entonces decidí conservarla y la nombré Mariana. Ahora me acompaña en mi proceso de proyecto de grado con toda su carga energética y con esa sonrisa que me alegra cada vez que la miro.



Figura 23. Desde otros ojos

Oscar Sigifredo Rosero Quiróz

Técnica: Fotografía y proyección

Año: 2022

De izquierda a derecha: Don Olmedo, Doña Nancy, Don Luis

Esta serie fotográfica es un homenaje a las personas que aportaron en gran medida al desarrollo de este proyecto con su narración anecdótica aventurera. Representa a los hombres y mujeres valientes de mi región, de miradas cansadas y manos curtidas de tanto labrar la tierra. No solo a los campesinos, sino también a los huaqueros, quienes por azares de la vida se encontraron con el tesoro de nuestros ancestros y fueron testigos del gran yacimiento arqueológico de Miraflores. Sus retratos están marcados por los logos de estas culturas, al igual que los tienen grabados en sus memoria por el acercamiento directo con ellos.

Los sellos

Todos somos seres sensibles y sentimos de una manera distinta. Esos sentimientos son los que nos hacen ser diferentes, porque somos seres abiertos a estímulos generadores de dudas, preguntas, dolores y fascinaciones. Nos encontramos y reconocemos en cada acción que realiza el mundo ante nuestros ojos. Esos momentos nos marcan y dejan huellas. Somos seres sellados y marcados por momentos y recuerdos que nunca se van. Porque el acto de sellar es afirmar que lo que hacemos continuamente está atravesado por algo o por alguien que pasó por nuestra vida. Nos recuerda que estuvo allí, presente, en un momento clave y que será recordado como lo mejor o lo peor. Solo queda la experiencia de ser sellado. Y, cuando te sellan, cambias, eres otra persona, porque la experiencia deja nuevos sentimientos y te abres otra vez a seguir sintiendo.

Los sellos prehispánicos que investigo en mi proyecto de grado, hacen parte de la cultura Nariño, específicamente de la Tumaco-La Tolita, que se desarrolló a las costas del Pacífico. A pesar que estaban lejos de los volcanes no significa que no pertenecieran a nuestro territorio, sino que, en lugar de barro de montaña, usaban arcilla arenosa.

En la actualidad, la mayoría de nosotros aprendemos a partir de grafemas, es decir, letras. Al agruparlas y crear sucesiones desarrollamos lo que conocemos como palabras. Y con muchas palabras hacemos textos. Pero en el pasado, las culturas precolombinas tenían sus propios estilos de comunicación. Estilos que ahora llamamos abstractos.

En el arte, la abstracción es una síntesis formal que no pierde su sentido comunicativo. Los habitantes prehispánicos aplicaban la abstracción en figuras y formas como círculos, rombos, cuadrados, diagonales, rectas, espirales, entre otros, para realizar composiciones seriales y repetitivas. Ese es el lenguaje que utilizaban.

Me atrevería a decir que los sellos prehispánicos podrían ser el principio del lápiz y del pincel; el principio de uno de los instrumentos más importantes de la comunicación y la escritura para el ser humano.

Después de hacer estos gráficos seriados, empezaron a hacer decoraciones en la pared. Pictografías que ahora fácilmente podríamos asemejar con murales o grafitis. Si los tallaban, se convertían en petroglifos, que podríamos relacionar con lo que ahora es un gofrado o grabado. Luego harían objetos tridimensionales a manera de monolitos –lo que hoy llamamos esculturas–. Y así se fueron aplicando a diferentes procesos creativos que han trascendido en el tiempo.

Aquello que se encuentra en procesos arqueológicos es solo una aproximación. No hay certeza alguna en la interpretación de las piezas arqueológicas. Lo que se diga de ellas son hipótesis que nacen de su posición geográfica y de las culturas que lo habitan o habitaron. El análisis que se hace de ellas es meramente visual.



Figura 24. Serie Rio Mayo
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Técnica: Fotografía y serigrafía
Año: 2020

Ahora sé que el recuerdo es una apropiación del espacio y el tiempo en el contexto y presente de cada persona. Por eso, cuando pienso en la tierra que me vio nacer, el sentimiento de nostalgia me invade y es imposible no recordar mi hogar, mi familia y mis raíces. Esa sensibilidad es la que marca cada una de mis creaciones. Fusionar la fotografía con el sello me permite plasmar algo con más profundidad que el solo hecho de mirar y recordar los paisajes en instantáneas. Es como hacer una incisión en la vida misma. Y esa incisión existe: es la frontera que separa al departamento de Nariño del departamento del Cauca y que, topográficamente, está delimitada por el río Mayo.

La obra de Nadin Ospina me sirvió para entender cómo podía utilizar las imágenes prehispánicas de mi territorio para resignificarlas y tratar de entender mi conexión con mi lugar de origen. Su apropiación me sirve también para evidenciar la importancia que la cultura indígena tiene en las prácticas artísticas contemporáneas.

Para Nadín Ospina, el concepto de “apropiación” es un eje primordial en la relación entre arte y artesanía. Es por medio de la apropiación que el artista y el artesano se unen para generar un objeto que técnicamente es una artesanía, pero conceptualmente funciona como una obra de arte. Esto, por supuesto, resignifica lo que es una obra de arte.

Pero la obra en sí va más allá de la representación: la parte artesanal se convierte en arte cuando su función pasa a ser más que una mera representación física. La obra genera un encuentro irónico de conceptos y una exploración hacia nuevos lenguajes del arte. Esto permitiría una reflexión social, cultural y hasta política de cómo los medios influyen en la identidad latinoamericana y de cómo los símbolos indígenas y precolombinos son subyugados por el capitalismo hasta reducirlos a un simple referente visual.



Figura 25. Ángel
Nadin Ospina
Acrílico sobre tela y resina de poliéster
148 x 27 x 22 cm
Año: 1988

De este artista también adopto el concepto de “reafirmar”, que hace referencia al hecho de volver a figurar lo ya hecho o persistente. Esto lo relaciono directamente con mi interés por reafirmar los sellos de la cultura nariño.

La obra de la artista plástica nacional Libia Posada respalda esto. Su trabajo resalta el ámbito de la extrema violencia en Colombia, como en su obra Signos Cardinales, donde se muestran piernas de personas desplazadas, exhibiendo las distintas rutas que han recorrido como consecuencia de la violencia en Colombia.

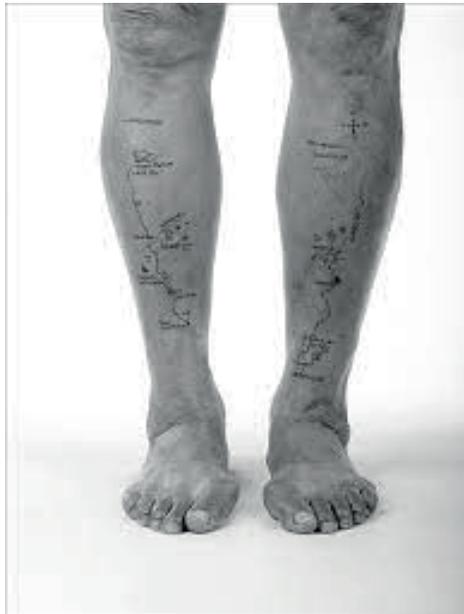


Figura 26. Signos cardinales
Libia Posada
Instalación fotográfica y dibujo
Diomensión variable
Año: 2008

Posada denuncia la trascendencia a la que puede llevar la monstruosa guerra y lo que implica vivir y dejar, forzosamente, un territorio del cual se hace parte. Este aspecto tiene íntima relación conmigo: alejarme de mi lugar de origen para ir en busca de mi formación profesional, a un lugar ajeno a mí, donde soy más un huésped que un anfitrión.

Por otra parte, Libia marca como pauta clave la cartografía, siendo estos símbolos los que definen su obra y convirtiéndolos en la potencia y la fuerza que la hace única. Del mismo modo, la cartografía ha sido influyente para darle nombre a mi obra plástica Río Mayo, que es el límite geográfico que divide los dos territorios en los que he transcurrido mi vida y que me han marcado (Cauca y Nariño).

Los puntos cardinales marcados por Posada los asimilo con los sellos que utilizo como detonante e inspiración para mi producción artística.

Al superponer sellos prehispánicos sobre fotografías actuales se establece una conexión poética entre el pasado y el presente, entre la historia y la contemporaneidad. Esta relación poética puede ser vista como un diálogo entre dos épocas y dos culturas, una fusión de elementos que se entrelazan para crear una nueva narrativa visual.

Los sellos prehispánicos son artefactos que pertenecen a una cultura ancestral que ha dejado una huella indeleble en la historia de América Latina: la cultura nariño. Estos sellos, de gran valor ritual y sacramental, contienen símbolos y signos que representan la cosmovisión de este pueblo prehispánico. En su momento fueron una herramienta de comunicación, registro y embellecimiento; y yo he querido convertirlos en una expresión artística contemporánea que transmita un mensaje de relevancia y respeto por las culturas ancestrales.

La relación poética entre lo prehispánico y lo actual es también una forma de reivindicar la historia y cultura de los pueblos originarios. Es una forma

de reconocer su legado e importancia en la construcción de la identidad latinoamericana. Establece una simbiosis entre el pasado y el presente, una fusión que crea un nuevo significado y una nueva expresión artística.

La superposición de los sellos sobre mis fotografías familiares son un ejercicio artístico que me ayuda a componer una imagen marcada con mi herencia ancestral en lo que es más allegado a mí. La imagen (la luz) de la foto misma actúa como la piel sobre la que el sello deja su rastro simbólico y sagrado (un rastro en el que yo me veo reflejado)

El cuero

El cuero como material para la creación de mis obras tiene una conexión especial con mi herencia cultural y territorial. Mi abuelo fue ganadero y vivió rodeado de montañas y animales durante gran parte de su vida. Eso agrega otra dimensión a mis obras: al dibujar retratos sobre el cuero, estoy evocando su legado; al incorporar las marcas de fuego, estoy honrando su memoria.

El cuero como material natural y visceral está vivo. El cuero es la piel de la vaca, y la vaca ya está muerta, pero siempre que se mira el cuero, se recuerda a la vaca. Así la vaca siempre está presente (y está presente su naturaleza y la naturaleza). Su piel es la piel sobre la que se dibuja. En este caso, su piel es la piel de mis abuelos. Trabajar en el cuero es también recordar la relación de mi abuelo con las vacas. Es volver a recordar su vida y no solo su imagen. El cuero está vivo porque tiene textura y color, como la luz en la fotografía. El cuero impregna de vida y significado aquello que creo con él.

La técnica de pirograbado crea dibujos y patrones que contrastan con el color natural del material. Mediante esta técnica, estoy dándole trascendentalidad a mis obras. El rastro de los sellos prehispánicos y del pirograbado comparte una característica común: ambos dejan una marca en la piel, representan este tránsito terrenal.

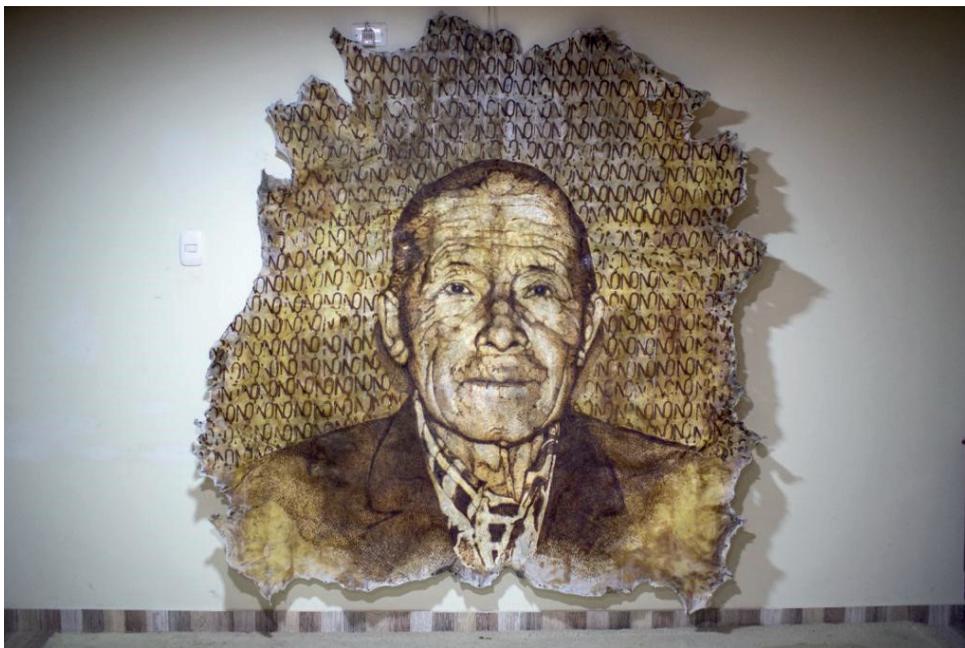


Figura 27. Serie La piel del recuerdo

Óscar Sigifredo Rosero Quiroz

Dibujo sobre cuero

1.84 x 2.05 mts

Año: 2022

El cuero como lienzo para la creación de obras de arte es una conexión con mi pasado y herencia, y la técnica de pirograbado (usando marcas personales en el cuero) agrega otra dimensión. El resultado es algo duradero y significativo que puede ser apreciado por generaciones venideras.



Figura 28. Serie La piel del recuerdo
Óscar Sigifredo Rosero Quiroz
Dibujo sobre cuero
Año: 2023

El arraigo a Pupiales

En agosto del 2016 me fui a vivir a Popayán con la intención de estudiar Artes Plásticas en la Universidad del Cauca. Fue la primera vez que viví alejado de mi hogar, aunque estuve acompañado por mi hermana mayor, que también vivía en la ciudad blanca, tan pronto llegué, sentí la necesidad de volver. Me sentía desamparado, no quería estar en ese lugar, el calor me fastidiaba, no tenía amigos ni conocidos: sentí soledad y añoranza por mi hogar. Intenté compensarlo viajando muchas veces a Pupiales. Pero siempre tenía que volver, y allí volvía a sentir el desamparo.

Al estar lejos de mi tierra fue cuando pude comprender lo profundamente arraigado que estoy a ella. Que ese sentimiento de añoranza es un sentimiento de pertenencia.

No es solo mi casa y mi familia, sino el pueblo, la vida de pueblo, el olor y sabor de la tierra, el frío y los paisajes montañosos; las personas y su forma de saludarme, de verme, de reconocermelo.

De mi tierra heredé el arraigo. Pero no cualquier arraigo, sino el arraigo a Pupiales, una tierra de antepasados prehispánicos y tesoros comestibles.

Excavar en mí

Me llamo Oscar Sigifredo y nací un 21 de enero de 1998. Mis padres decidieron que me llamarían con el mismo nombre de mi padre (Sigifredo), pero, para evitar confusiones, debían agregar otro nombre. Mi primer nombre lo eligió mi madre, quien, después de buscar en un diccionario enciclopédico de color marrón que aún conservamos, decidió que la mejor opción era Oscar. No solo porque combinaba bien con mi otro nombre, sino porque simbolizaba lo que yo era para ella: un premio –el máximo reconocimiento de la industria cinematográfica–.

Mi llegada al mundo completó la familia. Nací pesando poco y no me alcanzaba la fuerza para succionar la leche de mi madre, así que tuvieron que darme leche de fórmula por tetero. Luego me diagnosticaron bronquitis y estuve al borde de la muerte. Mis padres, desesperados, viajaron conmigo hasta Gualmatán, un municipio cercano a Pupiales, para rezar en el templo de allí. Suplicaron que los dejaran entrar a la gruta del Señor de los Milagros, que para la época estaba prohibido, pero lo consiguieron. Y el milagro sucedió. De vuelta en casa, pude tomar el medicamento y alimentarme adecuadamente. Gracias a la dedicación y cuidado de mis padres, recuperé poco a poco mi salud.

A partir de entonces, siempre gocé de buena salud. Cuando volví a poner en apuros a mis padres fue a causa de mis travesuras. Las evidencias están

en el álbum fotográfico. Es fácil identificarme como un niño inquieto. La cocina era mi taller favorito y el amasijo de tortillas mi primer boceto. Constantemente tocaba, miraba, probaba y olía cada cosa a mi paso. Mi padre dice que era capaz de desarmar un balín. Ahora entenderán por qué nadie quería hacerse cargo de mí. Mis tías eran precavidas conmigo, pues todo lo que tocaba, lo arruinaba. Siempre había un par de ojos sobre mí.

Nunca se me dificultó interactuar con los demás, sin importar su aspecto o condición. Fui –y soy– amigo de todos. Mi mayor fuente de aprendizaje fueron las calles de los barrios donde viví. En cada esquina encontraba con quién jugar y, en cada casa, un plato de comida. Mi vida transcurrió entre risas y juegos.

Poco a poco me volví un muchacho lleno de vigor, arriesgado y conocido por todos. “Sigi”, me llamaban. Todo lo que miraba quería copiarlo. No fui el más aplicado –y nunca el peor–, pero sí uno de los más astutos, preguntón y curioso. Fue durante una asignatura llamada Investigación que algo en mí hizo clic y me cambió para siempre.

Hubo una conexión que solo he podido entender hasta ahora. Incluso tuve muchas dudas sobre si debía continuar mis estudios en la universidad. Ni siquiera sabía qué quería estudiar. Salí del colegio a buscar trabajo. Inicié en una ferretería y, con mi primer sueldo, me compré un reloj. En ese momento entendí que el dinero era algo que necesitaba en mi vida, así que el estudio pasó a un segundo plano.

Mi mayor aspiración en ese momento fue ser camionero. Y cómo no si viví rodeado de carros y camiones toda la vida.

Creo que hasta puedo decir que tengo una especialización en lavar carros. Y todo lo aprendí de mi padre, quien siempre ha disfrutado su profesión y se siente orgulloso de ella. Pero mi madre no quería eso para mí. No porque fuese deshonoroso, sino porque el estudio siempre sería la mejor opción e inversión para ella. Me insistió tanto que decidí complacerla. Me dejó elegir la carrera que yo quisiera.

Después de mucho pensarlo, comprendí que mi otra pasión era dibujar. Salí del colegio siendo el mejor dibujante de mi salón, y las paredes de mi cuarto, en mi época de adolescente, fueron mi lienzo y refugio. En cada dibujo soltaba todo lo que tenía reprimido. Pasaba horas y días enteros sacándole punta al lápiz y rayando cada espacio en blanco de mi habitación.

Un día fui hasta la casa de un gran amigo de mi pueblo, quien era mucho mejor dibujante que yo. Llegué con la intención de pedirle consejos para acabar un retrato que estaba haciendo, pero me fui con una conexión directa a las artes. Él estudiaba esta carrera y me quedé atónito escuchándolo hablar. Cada cosa de la que hablaba me causaba más curiosidad. Me invadió un sentimiento de fascinación por algo desconocido, pero a la vez muy mío. Fue allí donde tomé la decisión de estudiar Artes Plásticas.

Al primer intento, entré en la Universidad del Cauca y comencé a recorrer el camino para ser artista. Llegué a mi primera clase de dibujo creyéndome el mejor, pero como yo había otros y mejores. El tiempo pasó rápido... Cambié los lápices por carbones. Los resultados eran subjetivos: lo que a mí y a los míos les parecía bonito, a mis profesores no les llenaba. Comprendí que las artes pueden ser una ilusión hermosa de aprendizaje.



Figura 29. Detrás del espejo
Oscar Sigifredo Rosero Quiróz
Intervención fotográfica
Año: 2020

En mi archivo fotográfico siempre hay retratos. Me dan la posibilidad –no solo a mí– de reconocermé y encontrarme en ellos. Mi encuentro con este niño en Tierradentro me recordó mi infancia y le recordó a mis padres la suya: a mí por su cara sucia de tanto escarbar, y a mis padres, por la pobreza y el hambre. Es por este impacto emocional que decido intervenir con sellos para apropiarme de ella, agregándole parte de lo que considero que soy y, de esta forma, identificarme con él en esta etapa de la vida.

Divagaciones

A pesar de que llevo años estudiando, sigo sin saber mucho sobre el arte o los artistas. No porque no prestara atención u olvidara las lecciones, sino porque aún no he encontrado lo que significan para mí. Este trabajo es mi primera aproximación a una respuesta.

He querido responder qué es ser artista y, en el proceso de mi carrera, he adquirido herramientas técnicas y teóricas que me han ayudado. Pero lo más importante en este proceso es saber si yo soy un artista. Allí radica la importancia de esta tesis. Nadie se va a tomar el tiempo de investigar lo que me interesa si no yo mismo; nadie va a querer conocerme a profundidad si no yo mismo; y nadie más va a enseñarme a ser artista si no yo mismo. Con los instrumentos que he encontrado en mí, puedo aventurarme a intentar responder estas preguntas.

Sobre el arte y los artistas

Para ser artista es necesario ser sensible y estar atento a cada demostración, a cada rayo de iluminación, que aparezca en nuestro tránsito terrenal. Ser sensible es ser frágil. Es dejarse afectar por situaciones cotidianas que te hacen actuar y pensar diferente. Cuando eres sensible, te duele y a la vez te atrapa –te impacta– cada cosa que pasa a tu alrededor. El tráfico se convierte,

ya no en un desespero, sino en un generador de tiempo. Constantemente estás pensando qué sucesos pueden y van a suceder en cualquier momento.

Ser artista es ser diferente y raro. En la soledad de nuestro cuerpo y con la compañía de nuestro ser nos damos cuenta y nos demostramos a nosotros mismos que eso en lo que creemos es real, que no vivimos siempre de fantasías. Somos seres fantásticos.

Un artista debe poder encontrar lo que está escondido para dar fidelidad de lo que piensa, cree y, al final, crea. Somos seres conscientes, reflexivos y minuciosos condicionados por nuestro cerebro. Todos los días despertamos con una nueva condición: la de ser artista. Es innata en nosotros y siempre será una constante en nuestra vida cotidiana.

La sensibilidad del ser humano es la manera de demostrar y sacar eso que siente, llámese rabia, amor, pasión, llanto y otros miles de sentimientos que como humanos padecemos. Es una condición de nosotros, seres mortales, con la cual vivimos y aprendemos a identificarnos, por eso se nos hace fácil reconocernos en lo que sentimos. Hablar de sentimientos humanos es como hablar del mundo real, del mundo de los sentidos, en el cual nos encontramos inmersos desde nuestro nacimiento. Hace parte de lo que llamaríamos un ente común. Dejar de sentir sería dejar que el acto consciente que tenemos como seres vivos se separe por completo de nuestro cuerpo.

Mi yo artista

Los recuerdos son los tesoros que convierten los grises en colores cálidos de penumbra. De ahí nacemos los artistas. Tomamos la decisión de crear a partir de contenedores repletos de información sensible, pues es la única manera de intentar describir eso que a diario sentimos.

Soy un artista –o creo serlo– porque he dedicado una parte de mi vida a escarbar en mi ser, en mis adentros, en mis sentimientos, en lo que me duele, en lo que me hiere, en lo que soy y en lo que quiero ser. En esa excavación he encontrado tesoros que han estado escondidos, enterrados en lo más profundo de mi cuerpo. Ya no son solo heridas ni cicatrices, sino algo más penetrante. Escudriñé con un pincel delicado hasta encontrar lo escondido.

Lo que me define como artista son las mismas sensibilidades que me definen como persona. Las llamo tesoros, porque son lo más valioso que tengo. Pero no son tesoros inertes, sino que son mis herramientas para crear. A lo largo de este trabajo he ido revelando cada una de ellas, y ahora puedo verlas y nombrarlas: la fotografía, el viaje, la colección y la habilidad de hablar con los objetos. Todas están interconectadas y entrelazadas. He aprendido a comprenderlas como una sola experiencia que narra mi vida.

Viajar es alejarse del hogar, del calor de la hoguera y del frío de mi tierra, pero es la experiencia que detona mi impulso creador. Es un dolor necesario. Cuando viajo, confronto mi vida y el mundo, y busco explicarlo. Pero en el viaje todo se mueve demasiado rápido. Para detener el movimiento recorro a la fotografía, que es la única que puede capturar esos minutos que se mueren con el tiempo. Tomar fotografías es impedir que desvanezcan los recuerdos. Retener para disponer es lo que me ha llevado a coleccionar. El acto de creación sucede cuando diferentes emociones y sensaciones chocan y estallan. Para crear explosiones hace falta una vitrina, una repisa, un álbum familiar. Por eso yo tengo una colección de objetos personales que han trascendido en el tiempo, con los que tengo una afinidad bastante

particular. Hay algunos que considero especiales porque pueden responder mis preguntas.

Somos seres de costumbres. Nos acostumbramos a personas, momentos y recuerdos efímeros, pero nos engañamos para creer que no lo son. Pero esto me revela que sí hay algo perpetuo y que está presente durante toda la existencia: el vínculo con la tierra donde se nace.

Soy colombiano y nunca podré dejar de serlo. También soy nariñense. Tengo costumbres, regionalismos y un acento heredados de esta región. Después, soy pupialeño. Mis padres y abuelos yacen en la tierra de Pupiales y yo soy su fruto.

Los artistas hacemos obras para las personas que se quieran sentir identificadas con nuestro proceso artístico. El arte es un vaivén de información: está abierto a cualquier duda, pregunta o intervención conceptual. No es solo lo que nosotros como creadores pensamos, sino que se constituye y después se construye con toda la sociedad.

Es el deber de un artista sacar a la luz lo oculto. Dejar que el acto crítico nazca en nosotros. Por eso es tan importante para nosotros ser libres y no tener ningún condicionamiento. Jugamos un papel importante en la comunicación de la sociedad actual, porque la actualidad es la que nos incita a pensar diferente y a tener tantas contradicciones y preguntas.

Somos transmisores de emociones, sensaciones, reflexiones y pensamientos. Somos educadores de sociedades. Cargamos con un bulto pesado que trasladamos de un lugar a otro con el propósito de hacer del arte un lenguaje universal. El arte debería poder hablarles a sus espectadores y generar eso que queremos que ocasione a las personas que lo admiren. Los artistas tenemos una percepción sensible del mundo. Prestamos atención a los detalles más minuciosos y nos dejamos afectar por las situaciones reales que se presentan frente a nuestros ojos. Y de eso hacemos arte.

Como artista del suroccidente, me interesa investigar mi territorio. Somos artistas porque la tierra nos dio la posibilidad de crear.

Sobre la importancia de las sensibilidades heredadas

Hablar de mis sensibilidades es despojarme, desahogarme y encontrar un momento de intimidad para conocerme y saber cómo mi cuerpo actúa en relación con lo que siente.

Entonces me doy cuenta de que no solo soy yo el que actúa, sino que hay una multitud de seres actuando dentro de mí. En algún momento los llamé “alter egos”, pero luego me di cuenta de que no soy un individuo, sino que soy un compilado de seres que han existido y que existen desde la antigüedad.

Decido llamar a esto “sensibilidades heredadas” porque lo que soy no solo es mío: alguien me lo dio con su máxima generosidad. Soy hijo de unas herencias pasadas que vienen de generación en generación hasta llegar a mí. Por eso, hablar, estudiar y excavar esas sensibilidades me llevó a determinar que soy un conjunto de herencias que se dan por las dimensiones actuales de cualquier ser humano.

Nacemos con unas condiciones –llamemoslas genéticas, físicas, instintivas, sensoriales– y, como humanos, somos transmisores de ellas. Las heredamos de alguna manera por seres directos a nuestra existencia, como nuestros padres y abuelos. Por cada generación, yo he recibido un aporte para mi existencia, y ese aporte tenía que llegar a mí y yo tenía que decidir ser artista para descubrirlo como mi tesoro.

Sobre la búsqueda y el excavar

Buscar tesoros es algo que los artistas hacemos todo el tiempo.

Pasamos nuestras vidas tratando de conseguir inspiración, imaginación, conceptualización para poder ser creadores.

Un artista que se excava es capaz de encontrar fácilmente eso que busca.

Ser un artista excavador es ser un buscador, un ser que está en constante crecimiento. Porque excavar es distinguir una materialidad escasa de otra más abundante.

[...] En el archivo diocesano de Lugo encontré la información que buscaba. Pero como la curiosidad del genealogista tiene algo de insaciable, decidí que quería seguir tirando del hilo. Cuando regresé al día siguiente, el mismo sacerdote me saludó de la siguiente manera: “¿vienes otra vez a excavar?”. Ese hombre tenía un instinto especial para detectar las debilidades de esos extraños seres que visitamos los archivos. Esos devoradores de papel que nunca se rinde o que sólo lo hacen cuando el personal del archivo les dice que no hay más libros donde buscar.

Me pregunto qué tengo en común con un escarabajo. Quizás todo sea una pesadilla. ¿Es posible que haya dedicado todo este tiempo a reconvertirme profesionalmente, para finalmente despertar, convertida en un escarabajo? Es cierto que algunos escarabajos tienen algo de inquietante por moverse muchas veces en la oscuridad, ser devoradores voraces de detritos y arrastrarse pesadamente por la tierra. Pero también es cierto, que este tipo de insectos coleópteros pueden también desplegar sus alas escondidas y volar. Me gusta esa combinación de tierra, materia en descomposición y aire. Me encantan los insectos alados. [...] (Vázquez, H. G., 2015)

Ser un artista es ser frágil. Nos dejamos afectar por situaciones que pasan en nuestra vida cotidiana y hacen parte del existir de cualquier persona. Es una condición de los seres sensibles. Nuestros sentidos son frágiles al cambio, a los olores, al tacto y a todo eso que causa en nosotros un cambio repentino de pensamiento. Pensamientos que luego nos dejan marcas, llamémoslas heridas, que van cicatrizando...

Registro fotográfico de sustentación



Río Mayo

Mi madre me veía pasar horas contemplando el mismo puñado de tierra, ella entendió qué era lo que me conmovía y alimentó mi sensibilidad. Yo lo supe el día que vi la uña de una retroexcavadora sacar pedazos de barro color ocre con formas humanas. Desde entonces me volví un excavador. Excavo en busca de todo tipo de tesoros. Pero en este proyecto busco unos muy particulares: los que me hacen artista.

Excavo a mi familia. Encuentro que yo no actúo solo, sino que hay muchos seres que actúan en mí por herencia. Excavo en mi tierra. Encuentro que mis raíces llegan hasta las montañas de fuego. Excavo en mí. Encuentro que soy un sello que quiere dejar una huella en el mundo. Una pregunta me guía:

¿por qué decidí ser artista?

Oscar Sigifredo Rosero Quiroz.



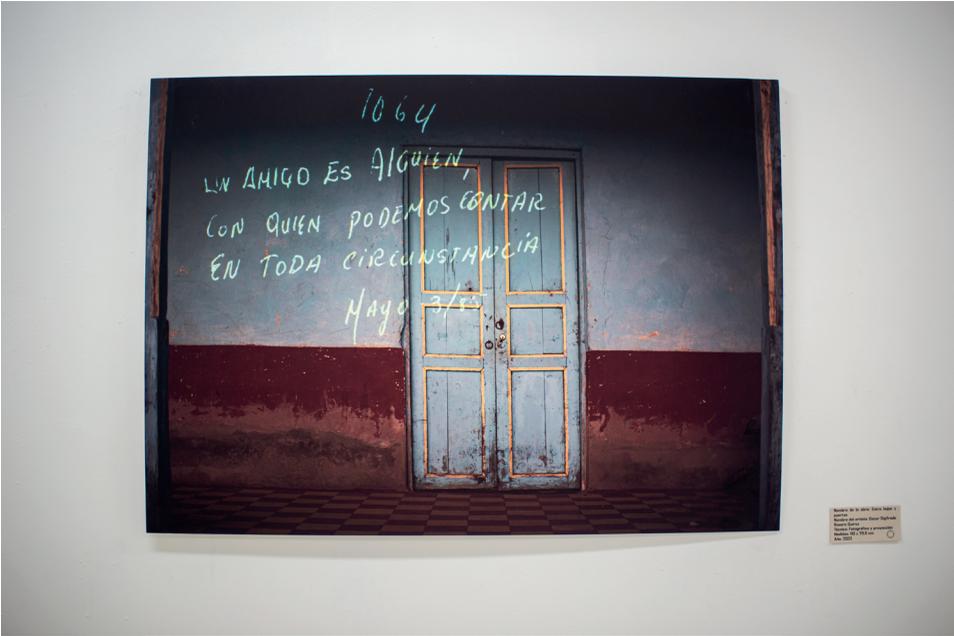
Museo de Arte Contemporáneo de Costa Rica
Calle 10 de Agosto, San José, Costa Rica
Tel: +506 2222 2222
www.museoartecostarica.com

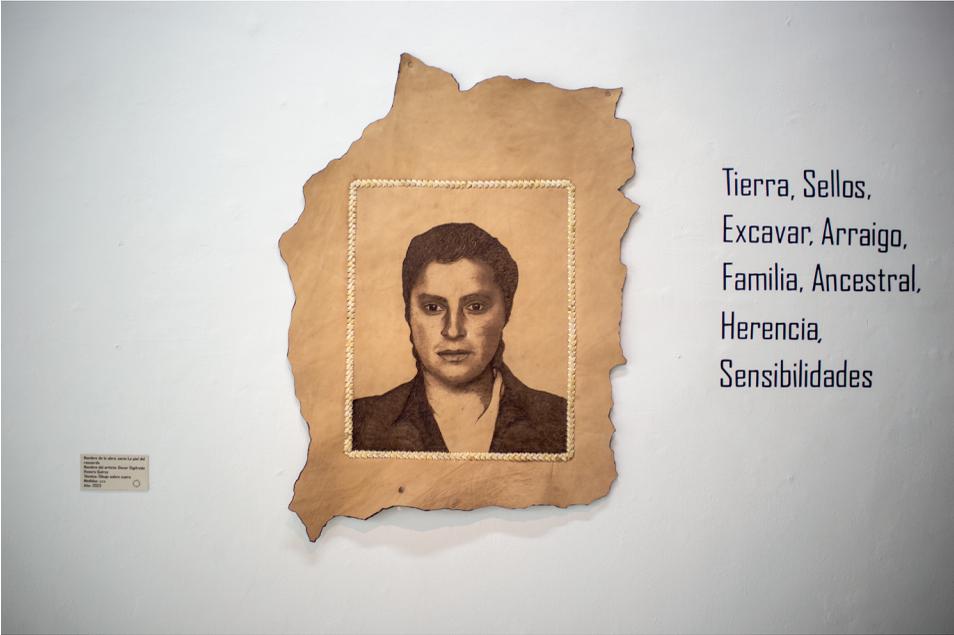












Referencias bibliográficas

Benjamin, W. (2010). *Excavar y recordar*. Abada.

Botton, A de. (2002). *L'arte di viaggiare*. Parma.

[Biografía]. (s. f.). Recuperado de 10 de octubre de 2022, de <https://fernandoleydy.wixsite.com/portafolio/about>

Cabanellas, G. (1998). *Diccionario enciclopédico de derecho usual*. Heliasta.

Franch, J. A., Alvar Ezquerro, J., Blázquez, J. M., Martínez Navarrete, M. I., Ruiz Zapatero, G. (1998). *Diccionario de Arqueología*. Alianza Editorial.

Foster, H. (2001). *El retorno de lo real*. AKAL.

Graves, C. (ed.). (2006). *La papa, tesoro de los Andes*. Centro Internacional de la Papa.

Greco, A. (s.f.). *Manifiesto Dito del Arte Vivo*. www.albertogreco.com

Hernández, J. P. C. (25 de enero de 2019). *Hablar con un animal, una planta, un objeto o un dios es completamente normal*. Pijamasurf. Recuperado en 13 de julio de 2022, de <http://pijamasurf.com>

Lynch, D. (2006). *Atrapa el pez dorado*. 13 Insurgentes.

Mendoza, M. (2001). *Relato de un asesino*. Planeta.

Mendoza, M. (2002). *Satanás*. Planeta.

Neshat, S. (s. f.). *Modern Art Museum of Fort Worth*. Recuperado en 11 de octubre de 2022, de <https://www.themodern.org/shirin-neshat-spanish-content>

Rodríguez, J. (2017). *Uno hace la finca y la finca lo hace a uno*. Pontificia Universidad Javeriana.

Real Academia Española. (s. f.). *Excavar*. En Diccionario de la lengua española. Recuperado en 11 de octubre de 2022, de <https://dle.rae.es/excavar>

Sánchez, M. A. H. (2005). *El largo instante de percepción*. Universidad Nacional de Colombia.

Sontag, S. (2006). *Sobre la fotografía*. Santillana Ediciones Generales

Suárez Guava, L. A. (2019). *Cosas Vivas*. Pontificia Universidad Javeriana.

Vázquez, H. G. (30 de diciembre de 2015). *Genealogía. El arte de escarbar*. Bisagras de papel. Recuperado en 01 de septiembre de 2022, de <http://bisagrasdepapel.com>